NEW LEFT REVIEW 153

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2025

ARTÍCULO

Zang Yongle — La reconfiguración de la hegemonía 7

ENTREVISTA

Roberto Schwarz — Polifonías políticas 29

ARTÍCULOS

Alyssa Battistoni — Situar la libertad 45

Aaron Benanav — Más allá del capitalismo—1 71

OBITUARIO

Comité editorial de la *NLR* — Michael Burawoy 143

ARTÍCULOS

Michael Burawoy — Palestina y Sudáfrica 147

Michael Levien — Un marxista sociológico 161

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Instituto República & Democracia

SUSCRÍBETE

tds traficantes de sueños

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE
DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO Y FOMENTO DE LA LECTURA

AARON BENANAV

MÁS ALLÁ DEL CAPITALISMO—I

Fundamentos para una economía multicriterio

Pocos dudan de que bajo la turbulencia política actual se esconde un profundo malestar económico. Las tasas de crecimiento en las economías avanzadas se están estancando; cuando se estimulan con medidas de reactivación, los beneficios recaen de manera desproporcionada en los segmentos de ingresos más altos. Las empresas oligopolistas se han reposicionado en la cima de las cadenas de valor mundiales, conservando los derechos de propiedad y subcontratando los procesos de producción a contratistas que trabajan por precios cada vez menores fruto de una competencia encarnizada. Gran parte de los beneficios retenidos por las empresas ya no se invierten en el país de origen, sino que se canalizan hacia activos financieros, cuyo riesgo se reduce por la posibilidad de un eventual rescate público. Mientras tanto, las decisiones de inversión que darán forma al futuro de la vida en la Tierra –geoingeniería, inteligencia artificial, captura de carbono, energía nuclear– son tomadas por pequeños grupos privados, incentivados para respaldar las apuestas más arriesgadas[1].

Detrás de esta tendencia vertical hacia la consolidación oligopólica del poder económico, se ha producido un cambio horizontal secular en la

[1] Sobre la situación económica internacional véase, *inter alia*: Lawrence Summers, «Reflections on the "New Secular Stagnation Hypothesis"», en Coen Teulings y Richard Baldwin (eds.), *Secular Stagnation: Facts, Causes and Cures*, Londres, 2014; Robert Gordon, *The Rise and Fall of American Growth: The US Standard of Living since the Civil War*, Princeton (NJ), 2016; Dietrich Vollrath, *Fully Grown: Why a Stagnant Economy Is a Sign of Success*, Chicago (IL), 2020. Véase también Aaron Benanav, *Automation and the Future of Work*, Londres y Nueva York, 2020; ed. cast.: *La automatización y el futuro del trabajo*, Madrid, 2021.

actividad económica, que ha pasado del sector industrial a los servicios –salud, educación, comercio minorista, administración– en los que las tasas de crecimiento de la productividad son más bajas y la rentabilidad solo puede mantenerse mediante una explotación intensificada o la imposición de precios más altos. La desindustrialización ha progresado durante el último medio siglo en las economías avanzadas. Los síntomas de la «desindustrialización prematura», arraigados desde hace tiempo en Brasil y Corea del Sur, están apareciendo ahora en China. Y en todas partes, la caída de las tasas de natalidad se traduce en menos trabajadores y consumidores jóvenes, lo cual reduce los futuros mercados y debilita los incentivos para la inversión privada en la expansión de la capacidad productiva, justo cuando aumentan las cargas ligadas a los cuidados. Proliferan las necesidades sociales insatisfechas; las carencias materiales como la pobreza, el hambre, las enfermedades y la vivienda inadecuada agravan los crecientes niveles de degradación ecológica, alienación social y estrés psicológico. Si alguna vez la izquierda logra protagonizar una verdadera ruptura capaz de hacer saltar el actual estancamiento político –el *establishment* liberal-capitalista enzarzado en un penoso forcejeo con la derecha ultracapitalista– será necesario construir un sistema económico que vaya más allá del propio capitalismo[2].

Históricamente, la defensa del capitalismo se ha basado en sus resultados. Su implacable concentración en la rentabilidad nunca se ha limitado a explotar a los trabajadores o extraer recursos para enriquecer a los inversores. Especialmente en épocas anteriores, la búsqueda

---

[2] Una obra fundamental en este sentido es Pat Devine, *Democracy and Economic Planning: The Political Economy of a Self-Governing Society*, Boulder (CO), 1988. Durante los últimos años se ha producido un resurgimiento muy positivo de trabajos sobre el futuro poscapitalista, habiéndose publicado importantes estudios entre los que destacan Daniel Saros, *Information Technology and Socialist Construction*, Abingdon, 2014, y Evgeny Morozov, «¿Socialismo digital?», *NLR* 116-117, mayo-agosto de 2019, que intentan traducir la revolución de la infraestructura digital en propuestas de coordinación no mercantil de la actividad económica. Leigh Phillips y Michal Rozworski han dado un giro radical a la planificación de entradas/salidas [*input-planning*] en *The People's Republic of Walmart*, Londres y Nueva York, 2019. Nick Srnicek y Alex Williams, *Inventing the Future: Post-Capitalism and a World without Work*, Londres y Nueva York, 2015, Anitra Nelson, *Beyond Money: A Post-Capitalist Strategy*, Londres, 2022, y Simon Sutterlütti y Stefan Meretz, *Make Capitalism History: A Practical Framework for Utopia and the Transformation of Society*, Basingstoke, 2023, son otros ejemplos de este pensamiento fresco e imaginativo. Aprovechando los puntos fuertes de este rico y variado conjunto de obras, la presente contribución pone de relieve, sin embargo, la necesidad de disponer de una arquitectura sólidamente institucionalizada de democracia económica multicriterio como base de un orden poscapitalista.

de beneficios también servía a fines socialmente útiles entre los que destacaba la búsqueda de la eficiencia económica en términos tanto estáticos (minimizar los costes y maximizar los ingresos) como dinámicos (desarrollar métodos de producción más eficientes y productos completamente nuevos). La búsqueda de beneficios del capitalismo contribuyó a generar avances extraordinarios en el nivel de vida material, que se reflejaron no solo en el aumento de los ingresos monetarios, sino también en la proliferación de procesos transformadores e innovaciones de productos. Entre los primeros se incluyen la cadena de montaje, el transporte marítimo en contenedores y el control numérico por ordenador; entre los segundos, las instalaciones de fontanería en el interior de los edificios, la electricidad, los ferrocarriles, los automóviles, los aviones, las lavadoras, los ordenadores, los productos farmacéuticos, las comidas preparadas y la moda rápida. En los países más ricos, los ingresos reales medios se han multiplicado por veinte desde la década de 1820 y en el conjunto del mundo por más de diez.

El capitalismo es, por lo tanto, más que un sistema de intercambio mercantil basado en la explotación y la extracción. Es un tipo específico de economía de mercado –basada en la propiedad privada concentrada y en el trabajo asalariado– en el que las empresas deben competir por la cuota de mercado y, por lo tanto, por los beneficios. Los beneficios no son tan solo la recompensa obtenida por una actividad concentrada en la eficiencia, sino también una fuente de fondos de inversión que las empresas altamente eficientes utilizan para expandir sus operaciones[3]. La pretensión de obtener rendimientos monetarios de la inversión generó un dinamismo económico sin parangón en la historia. Los modos de producción anteriores, incluso aquellos con mercados importantes, se desarrollaron a un ritmo mucho más lento, caracterizados por ciclos de

[3] Véase, para distintas perspectivas, Karl Marx, *Capital*, vol. III, Londres, 1993, cap. 15 [ed. cast.: *El capital*, Madrid, 2022]; John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Londres 1936, esp. cap. 11 [ed. cast.: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Madrid, 2024]; Josef Steindl, *Maturity and Stagnation in American Capitalism*, Oxford, 1952 [ed. cast.: *Madurez y estancamiento en el capitalismo norteamericano*, Ciudad de México, 1979]; Hyman Minsky, *Stabilizing an Unstable Economy*, New Haven (CT), 1986, cap. 8 [ed. cast.: *Estabilizando una economía inestable*, Barcelona, 2020]; y Anwar Shaikh, *Capitalism: Competition, Conflict, Crises*, Oxford, 2016, cap. 7 y 13 [ed. cast.: *Capitalismo: competencia, conflicto y crisis*, Ciudad de México, 2023]. Para obtener una perspectiva desde dentro del sistema, véase Richard Brealey, Stewart Myers y Franklin Allen, *Principles of Corporate Finance*, Nueva York, 2017, duodécima edición.

expansión y contracción demográfica que abarcaban siglos, mientras que las prácticas agrícolas permanecían estancadas durante generaciones. Por el contrario, la necesidad imperiosa de obtener beneficios característica del capitalismo obligó a las empresas a perseguir continuamente la innovación tanto en los procesos que reducían costes y liberaban recursos, como en los productos capaces de redirigir esos recursos hacia nuevas formas de generación de ingresos. En su conjunto, estas dinámicas produjeron una trayectoria sostenida de crecimiento económico.

Pero los propios éxitos del capitalismo han generado problemas que la búsqueda de beneficios no está preparada para resolver. La enorme expansión del sector industrial y del crecimiento urbano, agravados por el aumento del consumo de combustibles fósiles, amenazan los sistemas medioambientales y climáticos del planeta. La incorporación de miles de millones de nuevos trabajadores rurales a la fuerza laboral capitalista ejerce una presión a la baja sobre los salarios, mientras que el exceso de capacidad productiva acelera la fuga del capital hacia los activos financieros. El aumento de la longevidad, gracias a los avances médicos, y la caída de las tasas de natalidad, a medida que se abrían nuevos horizontes para las mujeres más allá del hogar, se combinan en la carga demográfica que supone el cuidado de las personas[4]. Dada la inestabilidad de los motores globales del crecimiento, ahora tambaleantes, la defensa del capitalismo por sus resultados es cada vez más difícil de sostener.

Cuando una economía basada en la eficiencia económica deja de producir ganancias de eficiencia, se estanca, al tiempo que la desigualdad aumenta y el exceso especulativo se intensifica. Las estrategias de búsqueda de beneficios socialmente destructivas –externalizar los costes al medio ambiente, deprimir los salarios, afianzar el poder monopolístico– siempre están presentes, pero se vuelven más agresivas a medida que el capital se orienta hacia la explotación, la extracción y el cercamiento. A medida que el crecimiento disminuye, las necesidades y aspiraciones humanas, relegadas por la búsqueda exclusiva de la eficiencia impulsada por los beneficios del capitalismo, quedan al descubierto. Sus defensores siempre han argumentado que el crecimiento capitalista proporcionaría los mejores medios para hacer frente a los retos sociales más amplios, ya fueran estos políticos, culturales o medioambientales[5]. Sin embargo, los

---

[4] Trato estos temas con más detalle en «*¿Un exceso de capacidad devorador?*», NLR 140-141, mayo-agosto de 2023.

[5] Para una exposición detallada de este argumento, véase Martin Wolf, *Why Globalization Works*, New Haven (CT), 2004. El autor ha refutado parcialmente este argumento en su último libro, *The Crisis of Democratic Capitalism*, Londres, 2023.

intentos de incorporar otros principios al funcionamiento capitalista –consumo ético, inversión ambiental, social y de gobernanza, programas de responsabilidad social corporativa– siguen estando limitados por la lógica del sistema, impulsada por los beneficios. Los objetivos cualitativos se reducen a metas cuantitativas, lo que da lugar a un cumplimiento formal con pocos efectos tangibles. Del mismo modo, las reformas más amplias respaldadas por el Estado pretenden mejorar el sistema introduciendo objetivos secundarios –medidas socialdemócratas, regulación medioambiental– sin cambiar la lógica de la «optimización de un solo criterio», es decir, la producción con fines lucrativos. Estos programas pueden desempeñar un papel positivo en la mitigación de la explotación y el daño ecológico, pero siguen estando a merced de los requisitos de rentabilidad del capitalismo y se verán afectados por los recortes del gasto público, si los ingresos estatales son insuficientes.

Pero entonces, el problema de fondo no es solo que el capitalismo no esté cumpliendo su promesa de elevar los niveles de vida, sino que estos se entienden de una manera extremadamente limitada, esto es, en términos de ingresos, medidos por el PIB per cápita. Organizar una sociedad en torno a un único parámetro siempre será una forma empobrecida de estructurar la vida colectiva. La misma lógica se aplicaría a cualquier economía organizada en torno a un único principio rector. Incluso un orden social poscapitalista, que abandonara la maximización de los beneficios, pero mantuviera la maximización de la producción como objetivo organizativo, seguiría funcionando mediante la optimización de un único criterio. Independientemente de la métrica elegida, el resultado es siempre una simplificación radical de los problemas multidimensionales a los que nos enfrentamos.

El objetivo debería ser, por lo tanto, crear un sistema económico en el que la coordinación pudiera estructurarse según múltiples criterios. Las inmensas capacidades técnicas y productivas de las economías modernas se orientarían hacia la satisfacción de fines humanos más amplios, que evolucionarían con el tiempo. El socialismo se ha definido en ocasiones como la búsqueda del tiempo libre, del equilibrio medioambiental, de la colocación de la atención social en primer plano; pero podría perseguir todos esos objetivos, y otros más[6]. Las reordenaciones recíprocas

[6] Sobre el socialismo como tiempo libre, véase André Gorz, *Critique of Economic Reason*, Londres y Nueva York, 1989 [ed. orig.: *Métamorphoses du travail, quête du sens: critique de la raison économique*, París, 1988; ed. cast.: *Crítica de la razón*

de nuestros objetivos serán inevitables; ninguna sociedad puede maximizar todas las prioridades simultáneamente. Pero estas reordenaciones podrían negociarse colectivamente a través del debate político en lugar de ser dictadas por una lógica impersonal. La tarea consiste en construir un orden económico capaz de evolucionar para adaptarse a los nuevos valores y a las nuevas condiciones cambiantes, ajustando constantemente la organización de la producción para abarcarlos. Una economía multicriterio exigiría, por consiguiente, un cambio fundamental en la forma de organizar la producción y de abordar los procesos de toma de decisiones económicas[7].

Este marco iría más allá de la noción de transformar la economía para servir a la mayoría –una democracia económica para el pueblo– o de

---

productivista, Madrid, 2023]; Kathi Weeks, *The Problem with Work*, Durham (NC), 2011 [ed. cast.: *El problema del trabajo*, Madrid, 2020]; N. Srnicek y A. Williams, *Inventing the Future*, cit.; Martin Hägglund, *This Life: Secular Faith and Spiritual Freedom*, Nueva York, 2019 [ed. cast.: *Esta vida: por qué la religión y el capitalismo no nos hacen libres*, Madrid, 2022]; Helen Hester y Will Stronge, *Post-Work: What It Is, Why It Matters and How We Get There*, Londres, 2025; sobre el socialismo como sostenibilidad, véase Barry Commoner, *Making Peace with the Planet*, Nueva York, 1990; Paul Burkett, *Marx and Nature: A Red and Green Perspective*, Nueva York, 1999; y Kohei Saito, *Slow Down: The Degrowth Manifesto*, Nueva York, 2024 [ed. cast.: *Slow down: cómo el decrecimiento puede salvar el planeta*, Barcelona, 2025]; sobre el socialismo como cuidado, véase Nancy Fraser, *Fortunes of Feminism: From State-Managed Capitalism to Neoliberal Crisis*, Londres y Nueva York, 2013 [ed. cast.: *Fortunas del feminismo*, Madrid, 2015]; Emma Dowling, *The Care Crisis: What Caused It and How Can We End It?*, Londres y Nueva York, 2021; y The Care Collective, *The Care Manifesto*, Londres y Nueva York, 2020; ed. cast.: *El manifiesto de los cuidados*, Manresa, 2021.

[7] La idea de multicriterialidad «forma parte desde hace mucho tiempo de la tradición de la economía ecológica», como señaló Joan Martínez Alier en estas páginas hace treinta años: «La inconmensurabilidad significa que no existe una unidad de medida común, pero no significa que no podamos comparar decisiones alternativas sobre una base racional, de acuerdo con diferentes escalas de valor, como en la evaluación multicriterio». Véase Joan Martínez-Alier, «Political Ecology, Distributional Conflicts and Economic Incommensurability», *NLR* I/211, mayo-junio de 1995, p. 75. Respecto al argumento de que los valores evolucionan a través de la experiencia, la reflexión y el aprendizaje social, véase John Dewey, *Human Nature and Conduct*, Nueva York, 1922 [ed. cast.: *Naturaleza humana y* conducta, Ciudad de México, 2014]. Sobre la hipótesis dominante de las preferencias fijas y exógenas en economía, véase Paul Samuelson, *Foundations of Economic Analysis*, Cambridge (MA), 1947 [ed. cast.: *Fundamentos del análisis económico*, Madrid, 2018]; Milton Friedman, «The Methodology of Positive Economics», en *Essays in Positive Economics*, Chicago (IL), 1953 [ed. cast.: *Ensayos sobre economía positiva*, Madrid, 1967]. Para una crítica sustancial, véase Amartya Sen, «Rational Fools: A Critique of the Behavioural Foundations of Economic Theory», *Philosophy and Public Affairs*, vol. 6, núm. 4, 1977.

incluir a los trabajadores en su administración, una forma limitada de democracia económica *por* el pueblo[8]. También desafía las tradiciones de la izquierda, que imaginan un mundo más allá del capitalismo como un mundo más allá de la política. Bajo el socialismo, imaginaba August Bebel, los intereses personales y los intereses sociales coincidirían tan plenamente que «la satisfacción del egoísmo personal y el servicio a la sociedad serían armoniosos»[9]. La democratización de la producción implicaría un debate técnico –capacidades productivas, necesidades sociales, tiempo de trabajo incorporado en cada producto–, pero no un desacuerdo político sustantivo. Sin embargo, el canon socialista también contiene concepciones más abiertas de la agencia colectiva. Haciéndose eco de Marx, Engels escribió la famosa frase de que solo bajo el socialismo «el hombre, con plena conciencia, haría su propia historia». Kautsky también insistió en que un régimen socialista «trataría desde el principio de organizar la producción democráticamente»[10].

El objetivo en este texto es expandir esta concepción más amplia de la democratización económica, al tiempo que se acomete la crítica de las formas limitadas en que se entendía esta democratización en el pasado. A continuación, trazaré la evolución de una idea intrínsecamente polivalente de socialismo al hilo de los desafíos planteados por la creciente complejidad de la sociedad capitalista moderna, de los primeros

---

[8] Sobre la idea de la democracia económica como administración de la economía por parte de los trabajadores, véase Karl Marx, *The Civil War in France*, Londres, 1871 [ed. cast.: *La guerra civil en Francia*, Madrid, 2018]; Vladimir Lenin, *The State and Revolution* [1917], Moscú, 1969 [ed. cast.: *El Estado y la revolución*, Madrid, 1997]; Nikolái Bujarin y Yevgueni Preobrazhenski, *The ABC of communism* [1920], Londres, 1922; ed. cast: *El ABC del comunismo*, Madrid, 2024.

[9] August Bebel, *Women and socialism* [1879], Nueva York, 1910 [ed. cast.: *La mujer y el socialismo*, Madrid, 2018]. Véase también el Programa de Erfurt de 1891, que se hace eco de este tema frecuente en la literatura socialista: la creencia de que, tras la revolución, tanto la sociedad como la economía alcanzarán la armonía, no solo mediante la resolución de los antagonismos de clase, sino también mediante la eliminación planificada de las crisis de sobreproducción y subproducción.

[10] Véase, respectivamente, Friedrich Engels, *Anti-Dühring* [1878], Moscú, 1977 [ed. cast.: *Anti-Dühring*, Madrid, 2017], repetido, por supuesto, en *El Estado y la revolución*, de Lenin; Karl Kautsky, *The Social Revolution* [1902], Chicago (IL), 1903. En el contexto del discurso político general, Kautsky tendía a recaer en la concepción de Bebel de la producción democratizada como un debate puramente técnico. Por el contrario, Alexander Bogdanov (*Red Star* [1908], Bloomington (IN), 1984 [ed. cast.: *Estrella roja*, Madrid, 2010], plantea la hipótesis de que científicos marcianos discuten si invadir la Tierra o Venus en respuesta al agotamiento de los recursos de su propio planeta, lo cual representa un raro momento de debate político real en una utopía socialista, aunque cabe destacar que el debate sigue limitado a los expertos.

pensadores utópicos a la Revolución bolchevique y más allá de estas experiencias históricas. Examinaré también los intentos ambiciosos efectuados por pensadores heterodoxos para concebir formas de coordinación más allá del afán de lucro y el plan central, basándome en sus ideas y avances para sentar los fundamentos de un orden económico verdaderamente multicriterio. En la segunda parte de este estudio, que se publicará en el próximo número de la *New Left Review*, esbozaré la arquitectura institucional necesaria para construir tal orden y expondré los pasos de un programa de transición, que podría conectar las luchas inmediatas de hoy con una transformación social más amplia.

I. UNA TRADICIÓN MÁS AMPLIA

Las concepciones de una economía multicriterio se remontan a los primeros albores del capitalismo. En *Utopía* (1516), de Tomás Moro, el narrador lamenta la difícil situación de los arrendatarios agrícolas ingleses, desposeídos por los cercamientos del lucrativo comercio de la lana. «Dondequiera que haya propiedad privada y el dinero sea la medida de todas las cosas, es casi imposible que una comunidad sea justa o próspera», responde su interlocutor[11]. *Utopía* retrataba un país en el que los bienes eran comunes y se distribuían libremente desde los almacenes públicos. Para Moro, la erradicación del dinero haría posible la consecución de múltiples objetivos sociales, no solo la seguridad para todos, sino también una mayor durabilidad de los productos y un aumento del acceso al tiempo libre. En la Inglaterra del siglo XVII, Winstanley planteó un proyecto similar en términos más bíblicos, pidiendo que la tierra se convirtiera en «un tesoro común». En la Francia del siglo XVIII, Rousseau también observó una conexión entre la riqueza y la injusticia: la ley servía simplemente como justificación para los ricos; el papel del dinero debía reducirse drásticamente, si no abolirse, con un retorno a la producción doméstica y la realización personal buscada a través de la ciudadanía activa y la vida colectiva. En 1796, cuando el impulso de la Revolución Francesa se invirtió, «Gracchus» Babeuf y su Conspiración de los Iguales se inspiraron en la *Utopía* de Moro[12].

---

[11] Tomás Moro, *Utopia*, Cambridge, 1975, p. 37; ed. cast.: *Utopía*, Madrid, 2017.

[12] Rousseau afirma en *The Social Contract*, Londres, 2003, cap. 15 [ed. orig.: *Du contrat social*, Ámsterdam, 1762 [ed. cast: *El contrato social*, Madrid, 2007], que «en un estado verdaderamente libre, los ciudadanos lo hacen todo con sus manos y nada con dinero»]. Véase también Stéphanie Roza, *Comment l'utopie est devenue un programme politique*, París, 2015.

En la década de 1820, una nueva generación de utopistas –Owen, Fourier, Saint-Simon– teorizó sobre el papel que la maquinaria industrial podría desempeñar en una economía regulada por la comunidad. En 1839, el radical republicano Étienne Cabet, perteneciente a la misma generación, fue el primero que abogó por un movimiento comunista. Cabet leyó *Utopía* por insistencia de Owen, mientras estaba exiliado en Inglaterra y se inspiró en ella para escribir *Viajes a Icaria* (1839), cuya portada proclamaba el lema «De cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades», famoso por haber sido tomado prestado por Marx para describir la «fase superior de la sociedad comunista» en la *Crítica del Programa de Gotha* (1875)[13]. Al igual que Moro, Cabet consideraba que los objetivos de una economía sin dinero eran plurales. Imprimió esos objetivos en forma de diamante, que colocó justo encima de su famoso lema: una economía así fomentaría el amor, la justicia, la ayuda mutua, el seguro universal, la organización del trabajo, el uso de máquinas en beneficio de todos, las artes y mucho más.

Fue esta versión temprana y multicriterio del comunismo la que Marx encontró cuando tenía 25 años en el París de la década de 1840 y la que transmitió, de una forma modernizada y mucho más sofisticada, a los movimientos obreros de masas, que surgieron a partir de la década de 1870 en medio de la segunda revolución industrial. Como señaló en su polémica con Proudhon, la difícil situación de los tejedores manuales, enfrentados a la producción mucho mayor de los telares mecánicos, demostraba que la simple introducción de una forma «más verdadera» de dinero basada en el tiempo de trabajo no aboliría la desigualdad; era necesario transformar la totalidad del modo de producción, sustituyendo la búsqueda del beneficio privado por la regulación comunitaria. Sobre todo, la organización comunal de la economía permitiría el despliegue activo de otros valores.

Como es sabido, Marx proclamó en el epílogo de 1873 a la segunda edición alemana de *El capital*, volumen I, que no escribiría recetas para las cocinas del futuro. Estas serían escritas por los propios cocineros. Sin embargo, su crítica al capitalismo realmente existente –la degradación

---

[13] Véase Étienne Cabet, *Travels in Icaria*, Syracuse (NY), 2003 [ed. orig.: *Voyage en Icarie*, París, 1840; ed. cast.: *Viaje por Icaria*, Barcelona, 1999]. Véase también Paul Corcoran, *Before Marx: Socialism and Communism in France, 1830-1848*, Londres, 1983; Christopher Johnson, «Communism and the Working Class before Marx: The Icarian Experience», *The American Historical Review*, vol. 76, núm. 3, junio de 1971.

del suelo, la contaminación de los productos (pan adulterado con serrín) y el agotamiento de los trabajadores– esbozaba lo que podría suponer el contraste. Los productores asociados del futuro abolirían el reinado de la economía monetaria para estructurar su trabajo en torno a múltiples criterios: entre ellos, sobre todo, la restauración de las condiciones ecológicas de la vida, la seguridad económica universal, el fin de la explotación y la expansión de un ámbito de libertad del que todos pudieran disfrutar. Tanto para Marx como para Engels, los primeros pasos hacia un futuro poscapitalista parecen implicar la instauración de una democracia radical para poner fin al dominio político de la clase capitalista –aclamada por Marx bajo la forma de los delegados revocables de la Comuna de París– y, a continuación, un «proceso de avance a tientas» mediante nacionalizaciones, un impuesto sobre el patrimonio y otras medidas transitorias, al tiempo que se combatía la resistencia capitalista[14].

A finales del siglo XIX, la enorme expansión de la producción económica hizo que pareciera menos necesario articular objetivos sociales específicos. Parecía que la socialización de la producción iba a provocar un aumento tan rápido de la producción que no tenía sentido especificar más, salvo para destacar la expansión radical tanto del consumo como del tiempo libre que ello permitiría. Esta concepción del futuro, popularizada en obras como *La mujer y el socialismo* (1879) de Bebel, *El ABC del comunismo* (1919), de Bujarin y Preobrazhenski, y *The lumber industry and its workers* (1922), de James Kennedy, fue adoptada por los partidos socialistas de masas, que compartían esencialmente el ideal construido de Moro a Marx de una economía gestionada por la comunidad, libre de dinero y propiedad privada, aunque ahora con la clase obrera en el papel de sujeto liberador universal. Al mismo tiempo –el rechazo de los modelos por parte de Kautsky era típico en este sentido– seguían negándose a planificar la planificación; la forma de llevar a cabo la socialización de la economía sería obvia para quienes la emprendieran. La realidad, por supuesto, no fue un avance constante hacia el socialismo, sino un precipitado descenso hacia el matadero industrial de la Primera Guerra Mundial, respaldado por importantes sectores del movimiento obrero internacional.

La ola revolucionaria de 1917-1921 surgida de esa vorágine, que conoció levantamientos masivos en los territorios rusos, alemanes y austrohúngaros a medida que caían los órdenes imperiales y se constituían

[14] Véase Bruno Leipold, *Citizen Marx: Republicanism and the Formation of Karl Marx's Social and Political Thought*, Princeton (NJ), 2024.

repúblicas soviéticas en Baviera, Bremen, Würzburg y Hungría, fue lo más cerca que se estuvo de hacer realidad las condiciones para sustentar esa concepción. Sin embargo, se perdió la oportunidad. Los movimientos obreros se encontraron con una resistencia mucho más feroz de la clase dominante, tanto militar como política e ideológica, de lo que la mayoría de sus líderes habían previsto; y en la década de 1920 se enfrentaron a estructuras económicas y sociales capitalistas mucho más complejas que las que existían en la década de 1870, respaldadas por los medios de comunicación de masas y la publicidad, y apoyadas por estratos intermedios de clase. Mientras tanto, cambios estructurales más profundos estaban socavando los presupuestos sobre los que se había construido el modelo original de regulación comunitaria.

Ese modelo presuponía la convergencia de las formas técnicas del trabajo y los valores sociales. Pero la trayectoria real fue de divergencia. El desarrollo industrial no homogeneizó a la clase trabajadora en una masa de trabajadores intercambiables, sino que generó, por el contrario, formas de producción cada vez más complejas y estratificadas, dependientes de conocimientos especializados y a menudo mutuamente ininteligibles, lo cual fragmentó la base material para la coordinación económica democrática. Al mismo tiempo, las nuevas luchas sociales –feministas, antirracistas, anticoloniales, nacionalistas y ecologistas– no solo identificaron formas adicionales de dominación, sino que plantearon reivindicaciones contrapuestas sobre cómo definir lo que verdaderamente importaba –autonomía, reconocimiento, seguridad, dignidad, cuidado, sostenibilidad– y sobre cómo establecer prioridades entre estos valores. El fracaso de los socialistas a la hora de comprender estos cambios tectónicos y la idea de que sabrían qué hacer cuando llegara el momento resultaron ser un desastre estratégico.

II. LECCIONES DURAS

En 1921, tras la victoria del Ejército Rojo en la guerra civil rusa, quedó claro que solo los bolcheviques habían triunfado; las fuerzas revolucionarias de otros lugares estaban siendo aplastadas. Pero la economía rusa se hallaba en una situación de completo desorden. Los trabajadores habían abandonado las fábricas; los campesinos, liberados por fin de la explotación de los terratenientes, ya no abastecían a las ciudades con suficientes alimentos. En estas condiciones, con la centralización del aparato del

partido-Estado consolidándose bajo la dirección de Stalin, la incipiente Unión Soviética comenzó a construir la primera sociedad industrial planificada de forma centralizada. Huelga decir que la «economía planificada» del socialismo de Estado se basaba en la represión de los puntos de vista divergentes y no en la democracia dirigida por la comunidad que habían imaginado desde Moro hasta Marx. Pero el orden soviético seguía siendo, en un sentido fundamental, un esfuerzo por introducir una forma de producción regulada por la comunidad, sustituyendo la asignación del mercado por planes quinquenales establecidos de forma centralizada. Sin embargo, aunque no estaba impulsado por el lucro, seguía centrándose, en su mayor parte, en maximizar la producción.

Aunque la economía planificada soviética fracasó estrepitosamente, también aportó algunos descubrimientos importantes. Sobre todo, fue pionera en el uso de la inversión coordinada como motor del desarrollo económico, liberada de la necesidad imperiosa de obtener beneficios gracias a las restricciones presupuestarias flexibles. Esa estrategia tendría una gran influencia en la política económica de Japón, Corea, Taiwán y la República Popular China hasta la actualidad, y explica el surgimiento de los BYD chinos como los coches eléctricos más avanzados en estos momentos. En la década de 1920, los economistas soviéticos del Gosplan y otros organismos se propusieron desarrollar un plan *ex ante*, basado en la asignación previa de los flujos de entrada de recursos para que coincidieran con los flujos de salida deseados. Los planificadores tuvieron que enfrentarse a la abrumadora tarea de cuantificar millones de insumos, múltiples tipos de materiales, diferentes generaciones de maquinaria y recursos laborales dispersos, con el fin de equilibrarlos a escala del conjunto de la economía. Con el lanzamiento del primer Plan Quinquenal en 1928, la Unión Soviética se lanzó a una forma de coordinación más aleatoria, pero sin duda más dinámica, que se añadía a este modelo de asignación centralizada.

En realidad, los planes quinquenales se comprenden mejor como proyectos motivacionales más que como planes propiamente dichos. Sus objetivos se volvieron cada vez más extremos, lo que produjo una serie de resultados perversos: un enorme despilfarro, productos de mala calidad, gestores soviéticos que acaparaban o intercambiaban insumos difíciles de conseguir en un intento por cumplir cuotas de producción imposibles[15].

[15] Sobre el problema de los incentivos, véase János Kornai, *Economics of Shortage*, Ámsterdam, 1980; Alec Nove, *The Economics of Feasible Socialism Revisited*, Londres, 1991; ed. cast.: *La economía del socialismo factible*, Madrid, 1998.

Sin embargo, estas absurdidades se vieron compensadas por la enorme magnitud del crecimiento de la capacidad productiva, cuyos resultados finales excedieron con mucho las previsiones más optimistas. Ello se logró en gran parte gracias a la incorporación de la mano de obra rural a fábricas construidas rápidamente tras la colectivización notoriamente brutal de la agricultura. A partir de 1932, el crecimiento también se vio impulsado por una innovación monetaria radical. La moneda nacional, el rublo, se dividió administrativamente en dos circuitos de valor distintos, sometidos a la vigilancia del banco estatal, el Gosbank. El rublo monetario, destinado a los salarios y al consumo, entraba en circulación, cuando los trabajadores recibían sus salarios, y salía de nuevo, cuando compraban productos en las tiendas. El rublo no monetario se utilizaba exclusivamente dentro del sistema de planificación y producción, y servía como mecanismo contable para todas las transacciones de las empresas estatales, como fichas de autorización dentro de la lógica administrativa de la economía planificada. Los rublos no monetarios se creaban mediante autorizaciones de crédito y se eliminaban cuando se cumplían o ajustaban los planes[16]. Sin el extraordinario dinamismo industrial que produjo este sistema, habría sido imposible para la Unión Soviética derrotar a la Alemania nazi.

El estalinismo fue un desastre desde el punto de vista moral, social y político y, a largo plazo, también desde el punto de vista económico. Pero, a corto y medio plazo, sus logros en materia de desarrollo son innegables. Tras la devastación de la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento soviético se reanudó durante otras dos décadas; entre las innovaciones de la URSS se encuentran la bomba de hidrógeno y el envío del primer hombre al espacio. Su dinámica expansionista solo se tambaleó a mediados de la década de 1960, cuando finalmente se agotó la oferta de mano de obra procedente del campo[17]. A pesar de todos sus problemas, el sistema soviético logró un nivel básico de seguridad económica para su población, caracterizado por una fuerte protección laboral, puestos de trabajo de mayor categoría para las mujeres, escuelas infantiles públicas y un Estado del bienestar, que abarcaba todo el ciclo vital. Pero una vez que comenzaron a escasear los recursos, la economía fuertemente centralizada se mostró incapaz de reestructurarse o de implementar

[16] Véase Paul Gregory, *The Political Economy of Stalinism,* Cambridge, 2004; Michael Ellman, *Socialist Planning* [1979], Cambridge, 2014, 3ª ed. [ed. cast.: *La planificación socialista*, Ciudad de México, 2007]; Joseph Berliner, *Factory and Manager in the USSR*, Cambridge (MA), 1957.

[17] En 1950, el 50 por 100 de la población soviética aún vivía en zonas rurales; esta proporción se redujo al 33 por 100 en 1960 y al 23 por 100 en 1970.

innovaciones como el algoritmo de programación lineal desarrollado por el economista soviético Kantorovich en 1938. A medida que el crecimiento se ralentizaba, las contradicciones del modelo se hicieron cada vez más evidentes.

Los problemas estructurales a largo plazo –estancamiento crónico, descenso de la productividad, caída de los ingresos petroleros– ya estaban constriñendo la economía soviética, pero la causa inmediata del colapso fue la ruptura de la separación interna existente entre los circuitos monetarios y no monetarios, ya que las reformas empresariales de finales de la década de 1980 ampliaron la discrecionalidad de la dirección y permitieron a las empresas realizar transacciones orientadas al mercado, hecho que socavó el monopolio del Gosbank en la coordinación financiera. Las empresas utilizaban los ingresos monetarios para pagar bonificaciones, adquirir insumos escasos o crear canales de distribución paralelos. A medida que se rompía la disciplina financiera, los impagos entre empresas se dispararon, los pagos no monetarios no se liquidaban y los flujos de materiales se volvían imposibles de rastrear. La función central del sistema –la asignación de recursos mediante asientos contables validados por el plan– dejó de ser operativa[18].

En la práctica, por lo tanto, el plan centralizado –centrado sobre todo en el crecimiento de la producción– sustituyó a la economía multicriterio regulada por la comunidad por la que habían luchado los partidos socialistas de masas, que intentaba gestionar un nivel de producción mucho más complejo de lo que los comunistas de la década de 1840 podían haber imaginado. Puede ser útil aquí desentrañar la teoría del plan –y sus limitaciones– antes de pasar a examinar los planteamientos

[18] El sistema monetario interno de China bajo Mao reflejaba una lógica de separación similar a la de la URSS. Las empresas chinas operaban dentro de un sistema contable sin efectivo, realizando transacciones a través de transferencias mediadas por bancos y aprobadas por el Banco Popular de China, mientras que los hogares recibían salarios y realizaban compras en renminbis en efectivo. Las empresas no podían acceder directamente al dinero en efectivo y la totalidad de los pagos entre ellas requería la autorización del plan. En la década de 1980, a medida que avanzaban las reformas, surgió un sistema de precios de doble vía, que permitía que los bienes circularan tanto a precios planificados como a precios de mercado, creando efectivamente circuitos paralelos dentro de una sola moneda. Estas disposiciones preservaron la autoridad de planificación al tiempo que gestionaban la escasez y permitían una liberalización marginal, lo cual dio lugar a un resultado muy diferente al de la URSS. Véase Barry Naughton, *The Chinese Economy: Adaptation and Growth*, Cambridge (MA), 2007, y *Growing Out of the Plan: Chinese Economic Reform 1978-1993*, Cambridge, 1995.

alternativos que se debatían en Viena en la década de 1920, justo cuando el Gosplan comenzaba a trabajar en Moscú.

III. LA TEORÍA DE LA PLANIFICACIÓN

El argumento clásico de la planificación *ex ante* pone en primer plano la organización consciente de la producción para satisfacer las necesidades colectivas en lugar de dejar que los precios del mercado ajusten la oferta y la demanda *a posteriori*, mecanismo que genera expansiones y contracciones de la producción caóticas, despilfarro de recursos e ineficiencias socioeconómicas[19]. Como se ha señalado, la lógica de la planificación *ex ante* resulta especialmente convincente para las transformaciones a gran escala, que requieren una coordinación coherente y a largo plazo como sucede, por ejemplo, en el desarrollo industrial, pero también en cualquier iniciativa seria para sustituir los combustibles fósiles por energías renovables o para eliminar los plásticos. Pero el argumento a favor de la planificación *ex ante* también estaba vinculado a una cuestión de justicia social. Bajo el capitalismo, la distribución de los ingresos se convierte en un terreno de lucha entre el trabajo y el capital, que determina la elección de las técnicas de producción en todos los niveles[20]. A pesar de lo que dicen los libros de texto de economía convencional, los capitalistas no se limitan a organizar la producción en función de la eficiencia económica, sino que estructuran esta para mantener el control jerárquico del trabajo mediante el modelo de gestión gerencial vigente a menudo a expensas de la eficiencia y de necesidades sociales más amplias[21]. Desde los días de Bebel y Kautsky, los socialistas han argumentado que una economía planificada racionalmente eliminaría estas distorsiones motivadas

---

[19] Para una defensa fuerte de este argumento, véase Ernest Mandel, «In Defence of Socialist Planning», *NLR* I/159, septiembre-octubre de 1986.

[20] Véase Karl Marx, *Capital: vol. I*, Londres, 1992, cap. 10, «The Working Day» [ed. cast.: *El capital*, Madrid, 2022]. Piero Sraffa fue uno de los pocos economistas del siglo XX, que se tomó en serio la idea de que la participación del trabajo en los ingresos es una variable distributiva que determina la elección de la técnica en lugar de ser simplemente el resultado de ella. Véase Piero Sraffa, *Production of Commodities by Means of Commodities*, Cambridge, 1960, especialmente las Partes I y III; ed. cast.: *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona, 1982.

[21] Véase Harry Braverman, *Labour and Monopoly Capital: The Degradation of Work in the Twentieth Century*, Nueva York, 1974 [ed. cast.: Trabajo y capital monopolista, Ciudad de México, 1975]; Stephen Marglin, «What Do Bosses Do? The Origins and Functions of Hierarchy in Capitalist Production», *Review of Radical Political Economics*, vol. 6, núm. 2, octubre de 1974; y Matt Vidal, *Management Divided: Contradictions of Labour Management*, Oxford, 2022.

políticamente. Esta economía planificada se basaría en la evaluación objetiva de las necesidades sociales, en las capacidades productivas y en el tiempo de trabajo necesario para producir cada bien y servicio, y sería acompañada por una contabilidad precisa que haría imposible la explotación. Desde esta perspectiva, la dimensión política de la producción desaparece junto con el conflicto de clase razón por la cual la planificación se convierte en un proceso puramente técnico.

A partir de la década de 1870, los socialistas se basaron principalmente en la contabilidad del tiempo de trabajo para poner en práctica esta concepción. Partiendo de las sugerencias dispersas de Marx de que una economía socialista seguiría requiriendo cálculos del tiempo de trabajo socialmente necesario para coordinar la producción, este planteamiento trata el trabajo como la unidad fundamental de valor[22]. En teoría, todos los insumos –materias primas, capital fijo y el propio trabajo– pueden convertirse en equivalentes de tiempo de trabajo, lo que permite a los planificadores socialistas determinar con precisión cómo debe distribuirse la mano de obra en respuesta a las necesidades sociales cambiantes y los avances tecnológicos[23]. Sobre esta base, el trabajo se distribuiría por adelantado en todas las ramas de la producción, sin ningún intercambio de mercado y, por lo tanto, sin la formación de «valores», entendidos como ratios de intercambio mercantil entre mercancías. Este marco también pretendía resolver el problema de la explotación, garantizando que cada uno contribuyera «según su capacidad» y pudiera comprender su contribución de forma transparente, medida en unidades de trabajo determinadas socialmente, independientemente de si luego accedía a los bienes y servicios de consumo según «su contribución» o «su necesidad».

Los economistas soviéticos pronto descubrieron los límites del cálculo del tiempo de trabajo. Reducir todo a horas de trabajo simplifica en exceso las diferencias fundamentales entre los distintos tipos de trabajo y de recursos. Surgió entonces un planteamiento más práctico: medir

---

[22] Véase Karl Marx, *Critique of the Gotha Programme* [1875], en *The First International and After: Political Writings*, Londres y Nueva York, 2010 [ed. cast.: *Crítica al Programa de Gotha*, Pekín, 1979]. Para el análisis de las observaciones de Marx sobre la organización económica del socialismo, véase Peter Hudis, *Marx's Concept of the Alternative to Capitalism*, Leiden, 2012.

[23] Este planteamiento aparece en los textos de Engels, Bebel, Bujarin y Preobrazhensky anteriormente mencionados. También sustenta las perspectivas consejistas, como las presentadas por el Grupo de Comunistas Internacionalistas en sus *Fundamental Principles of Communist Production and Distribution* [1930], Londres, 1990; ed. cast.: *Principios fundamentales de la producción y distribución comunista*, Madrid, 2024.

cada insumo en sus propias unidades naturales: toneladas de acero, kilovatios-hora de electricidad u horas de ingeniería frente a horas de trabajo asistencial. Los modelos de *input-output*, concebidos inicialmente por Wassily Leontief y puestos en práctica por Leonid Kantorovich mediante la introducción de técnicas de programación lineal, representaban la producción mediante matrices detalladas, que tomaban como parámetros las «recetas» de cada bien y servicio, mostrando con precisión qué insumos se necesitaban para producir cada producto. La planificación de *input-output* es computacionalmente intensiva, pero muy adaptable; hay buenas razones para pensar que será útil en un mundo, que se enfrenta a estrictas restricciones ecológicas[24].

Sin embargo, los modelos de planificación *ex ante* se enfrentan a problemas fundamentales. En términos prácticos, el primero de ellos es la elaboración de un plan coherente. En el capitalismo, las empresas tienen incentivos para descubrir los métodos más eficientes para producir bienes y servicios. Las economías planificadas, por el contrario, deben elaborar las «recetas» de producción de forma administrativa. Engels y Bebel afirmaban que estas podían «determinarse fácilmente» y los marxistas en general siguieron esta hipótesis, pero la experiencia soviética pronto demostró que las cosas no eran tan sencillas. Las empresas que producían los mismos bienes y servicios a menudo utilizaban diferentes combinaciones de maquinaria, construida en diferentes momentos, mantenida de diferentes maneras y actualizada en diferentes grados, lo que daba lugar a diferentes normas operativas: el «*vintage problem*»[25].

---

[24] El modelo *input-output* se convirtió en la base de la obra de Paul Cockshott y Allin Cottrell, *Towards a New Socialism*, Nottingham, 1993, que sentó las bases para la obra de L. Phillips y M. Rozworski *The People's Republic of Walmart*, cit. Sobre una posible prehistoria de la planificación de *input-output*, véase A. A. Belykh, «A. A. Bogdanov's Theory of Equilibrium and the Economic Discussions of the 1920s», *Soviet Studies*, vol. 42, núm. 3, julio de 1990. Entre los estudios ecosocialistas recientes en esta línea se encuentran la contribución netamente pronuclear de Paul Cockshott, Allin Cottrell y Philipp Dapprich, *Economic Planning in an Age of Climate Crisis* (2022); y, netametne antinuclear, Troy Vettese y Drew Pendergrass, *Half-Earth Socialism*, Londres y Nueva York, 2022 [ed. cast.: *Socialismo de medio planeta*, León, 2023]. Para un planteamiento más cercano al mío, véase Cédric Durand y Razmig Keucheyan, *Comment bifurquer: Les principes de la planification* écologique, París, 2024.

[25] El *vintage problem* plantea dificultades no solo para la planificación socialista, sino también para la economía neoclásica. Los modelos de equilibrio general suelen basarse en supuestos de tecnologías homogéneas y funciones de producción agregadas bien definidas, supuestos que se desmoronan ante la heterogeneidad tecnológica existente entre las empresas. Aunque no utiliza el término, el *vintage problem* es fundamental en la crítica de Friedrich Hayek tanto a los modelos de

Como resultado, los productores podían discrepar razonablemente sobre el método de producción óptimo para su industria y sus necesidades reales de recursos podían variar de manera muy sustancial. Las divergencias se veían agravadas por las diferencias geográficas, las costumbres, el acceso a las infraestructuras y la disponibilidad de recursos locales, lo cual dificultaba la imposición de criterios de referencia uniformes sin distorsionar la producción.

Una segunda serie de problemas prácticos se refería a la implementación. La teoría de la planificación *ex ante* suponía que un plan bien elaborado garantizaría por sí mismo una ejecución fluida. Sin embargo, las interrupciones –retrasos en las aportaciones, fallos logísticos, cambios en la demanda– a menudo requerían ajustes *ex post*, que el plan tenía dificultades para acomodar, especialmente cuando estaba planificado de modo muy detallado. Las economías de mercado, a pesar de sus ineficiencias, incorporan bucles de retroalimentación endógenos, que permiten una adaptación continua. Crean un espacio para la experimentación y la innovación, lo que permite a las empresas probar nuevos métodos, responder a los fracasos y evolucionar o morir de formas que los planes centrales no permiten fácilmente.

Pero el modelo de planificación también adolecía de una limitación teórica más profunda: seguía dando prioridad a la eficiencia. Tanto la contabilidad del tiempo de trabajo como los modelos de *input-output* reducen la coordinación económica a un ejercicio técnico, orientado a la optimización del uso de los insumos, ya sea medidos en horas trabajadas o en recursos heterogéneos, para maximizar la producción deseada. Desde este punto de vista, la planificación se convierte en un problema de optimización con un único criterio: se definen los objetivos de producción, se calculan los insumos y un algoritmo genera un mapa completo de los flujos de recursos en toda la economía. Otros objetivos sociales, como la limitación de las emisiones de carbono o la mejora de la calidad del trabajo, pueden incorporarse a estos marcos, pero solo como restricciones externas, no como objetivos fundamentales. Incluso cuando se reconocen múltiples objetivos, no se tratan como

---

planificación como a los de equilibrio en «The Use of Knowledge in Society», *American Economic Review*, vol. 35, núm. 4, septiembre de 1945. Sobre el *vintage problem*, véase Robert Solow, «Investment and Technical Progress», en Kenneth Arrow *et al.* (eds.), *Mathematical Methods in the Social Sciences*, Stanford (CA), 1960. Para una explicación de corte marxista, véase el análisis de Anwar Shaikh sobre la regulación de los capitales en *Capitalism: Competition, Conflict, Crises*, cit.

criterios independientes dignos de ser perseguidos por sí mismos. Por el contrario, el sistema busca la forma «menos costosa» de alcanzar su objetivo principal –normalmente la máxima producción– sin sobrepasar los límites especificados. El resultado es un marco organizado en torno a la lógica de la prioridad absoluta de la eficiencia, el cual una economía multicriterio trataría de trascender.

La adhesión a una lógica de «función de objetivo único» constituyó un límite fundamental de los modelos de planificación tradicionales. Si bien la eficiencia sigue siendo importante –el despilfarro no es un objetivo–, una economía verdaderamente multicriterio, capaz de satisfacer las necesidades de todos y garantizar el libre desarrollo de cada uno, tendría que incorporar una gama más amplia de prioridades fundamentales dignas de ser perseguidas por sí mismas. Además de satisfacer las necesidades básicas, estas podrían incluir la sostenibilidad –respetar los límites ecológicos, promover la restauración, por ejemplo–, la calidad del trabajo –fomentar un trabajo dotado de sentido en lugar de ser degradante–, la investigación experimental y la educación, la producción cultural, la cohesión o autonomía de la comunidad, o los objetivos estéticos. El cambio necesario no es solo pasar de una teoría del valor-trabajo a un marco más amplio de insumos y productos, sino pasar de una teoría monista del valor a una alternativa pluralista y, como resultado, de una comprensión técnica a una comprensión política de la coordinación económica.

Esta reorientación tiene implicaciones de gran alcance. En la mayoría de los modelos de planificación, la controversia política solo entra en juego, si es que lo hace, en la fase de determinación de las necesidades sociales, que opera como fundamento para decidir qué debe producirse. Una vez establecidas estas, el resto del plan se trata como un problema técnico: calcular qué insumos se necesitan, en qué proporciones y utilizando qué métodos, para producir esos resultados. La democracia solo entra en este momento en la planificación con una función limitada, supervisora y administrativa: se puede recurrir a los trabajadores para garantizar que todos contribuyan de manera justa, lo cual constituye una salvaguardia contra la explotación, y para asegurar que la maquinaria de la administración no caiga bajo el control de una elite técnica, lo cual constituye una salvaguardia contra la dominación. Pero se supone que el plan en sí mismo es neutral. Esta forma de proceder supone que cada bien tiene una única «receta» óptima, premisa que no solo es puesta en duda por los aspectos prácticos del «*vintage problem*», sino,

más fundamentalmente, por el hecho de que las diferentes técnicas de producción encarnan diferentes valores éticos y políticos. Incluso para un solo bien o servicio, siempre serán posibles múltiples métodos de producción, dependiendo de si las prioridades son la eficiencia, la calidad, la sostenibilidad, las buenas condiciones de trabajo o alguna otra combinación de otros valores.

Una economía multicriterio trataría esas opciones como éticas y políticas, susceptibles de recurrir a diferentes métodos de producción, los cuales reflejarían diferentes formas de equilibrar los múltiples objetivos de la sociedad. La misma apertura a la multiplicidad ponderada tendría que extenderse a la totalidad de la economía, considerada en su conjunto, para crear un sistema en el que la coordinación no consistiera en descubrir una única vía óptima, sino en manejar compensaciones entre prioridades contrapuestas. El proceso de agregar estas opciones –determinar cómo distribuir la mano de obra, los materiales y la inversión entre los múltiples objetivos de la sociedad– ya no se reduciría a un algoritmo fijo, sino que seguiría siendo un ámbito de controversia democrática, que cambiaría con la evolución de las prioridades sociales y políticas.

4. VALORES Y VALOR

Una teoría del valor que pretenda explicar el valor económico a través de una única métrica –ya sea la utilidad o el tiempo de trabajo– no puede captar la complejidad de un sistema regido por prioridades contrapuestas. Lo que necesitamos en cambio es una teoría de los *valores*: una teoría que reconozca que la vida económica está estructurada por múltiples objetivos[26]. La obra de Marx contiene una tensión que aborda directamente

[26] La teoría de la forma-valor no cumple sus objetivos al centrarse exclusivamente en cómo se determina el valor en el capitalismo. No puede cumplir la promesa implícita en el proyecto que Marx y Engels se propusieron alcanzar: el desarrollo de un marco que no solo explique el intercambio capitalista, sino que también apunte hacia los contornos de una economía poscapitalista desprovista de un único estándar de valor, pero que conserve la coherencia. Véase el capítulo sobre la distribución en el *Anti-Dühring*, de Engels, probablemente escrito, al menos en parte, por Marx o en colaboración con él. Para una exposición representativa de la teoría de la forma-valor, véase Hans-Georg Backhaus, «Zur Dialektik der Wertform» en Alfred Schmidt (ed.), *Beitaege zur Marxistischen Erkenntnistheorie*, Fráncfort, 1969; en inglés: «On the Dialectics of the Value-Form», *Thesis Eleven*, vol. 1, núm.1, febrero de 1980; Helmut Reichelt, «Social Reality as Appearance» [1970], en Werner

la cuestión de cómo podría organizarse la coordinación económica de esta manera. Los primeros capítulos de *El capital: volumen 1* se ajustan estrechamente a la lógica de la planificación *ex ante* descrita anteriormente. Marx critica la forma en que los mercados validan el trabajo como socialmente útil solo *ex post*. En una economía capitalista, explica, los productores privados toman decisiones independientes sobre qué y cómo producir sin garantía alguna de que su trabajo sea reconocido como socialmente necesario. Solo el acto de intercambio –si se venden sus bienes o servicios– afirma que su trabajo privado tiene valor social. Este sistema de validación social *ex post* genera una incertidumbre considerable, que se generaría incluso, si no existieran las correspondientes divisiones de clase. Los productores no pueden saber de antemano, si sus esfuerzos se considerarán contribuciones significativas y, por lo tanto, recompensables. Su trabajo puede quedar socialmente inutilizado por la sobreproducción, por cambios inesperados en la demanda o por cambios tecnológicos que no pueden preverse con fiabilidad[27].

El proceso de validación retrospectiva del mercado también consolida un sistema en el que el trabajo está desconectado de cualquier determinación consciente y colectiva de qué y cómo producir. En breves referencias a la organización económica del socialismo, Marx contrastó este aspecto del sistema de validación *ex post* con el sistema de coordinación *ex ante* en el que el trabajo se asigna de acuerdo con un plan colectivo[28]. Incluso si los productos de su trabajo finalmente no se utilizan, el trabajo de los productores seguirá siendo válido socialmente, ya que se ha realizado de acuerdo con las prioridades acordadas. La pérdida se socializaría en lugar de individualizarse. El pensamiento de Marx en este sentido se alinea con los modelos de planificación tradicionales, que enfatizaban la contabilidad sistemática, ya sea a través de diversas cuantificaciones del tiempo de trabajo o de matrices de insumos y productos, como antídoto contra el caótico procedimiento *ex post* del mercado.

Sin embargo, hay otra línea de pensamiento en *El capital: volumen 1*, que se inclina hacia una crítica más profunda de la producción capitalista.

Bonefeld y Kosmas Psychopedis (eds.), *Human Dignity: Social Autonomy and the Critique of Capitalism*, Londres, 2005; y Michael Heinrich, *Die Wissenschaft vom Wert* [1991], Münster, 1999, y *An Introduction to the Three Volumes of Karl Marx's Capital* [2004], Nueva York, 2012; ed. cast.: *Crítica de la economía política: una introducción a El capital de Marx*, Madrid, 2022.

[27] K. Marx, *Capital*, vol. 1, cit., pp. 129-130, 165, 200-202.

[28] *Ibid.*, pp. 169-172.

En su análisis de la «ley general de la acumulación capitalista», Marx describió cómo las empresas capitalistas, impulsadas a incrementar la productividad por su búsqueda competitiva de beneficios, agotaban los recursos naturales, reducían a los trabajadores a meros fragmentos de seres humanos y comprometían la calidad de los productos, todo ello porque la producción estaba subordinada al imperativo de maximizar los beneficios, lo cual se conseguía maximizando la eficiencia económica[29]. Esto sugiere que el socialismo no puede limitarse a sustituir la coordinación del mercado por la coordinación planificada, manteniendo al mismo tiempo la eficiencia como lógica fundamental. Una alternativa socialista también debe transformar los valores inherentes a la propia producción. La obra de Marx implica, pues, no solo una «teoría del valor», sino una teoría más amplia de los *valores* en la que la coordinación económica se estructura en torno a múltiples prioridades.

Los marxistas y socialistas democráticos del siglo XXI se han basado en esta línea del pensamiento de Marx para criticar al capitalismo por excluir sistemáticamente valores fundamentales como los cuidados, la salud, la sostenibilidad, la calidad del trabajo y la cohesión social. Acertadamente, vinculan esto con la exclusión de la gran mayoría de la humanidad de la participación en la toma de decisiones económicas[30]. Si esas masas estuvieran incluidas, no habría posibilidad de que antepusieran la rentabilidad capitalista por encima de cualquier otro objetivo. Así pues, la respuesta parece sencilla: ampliar el poder de decisión de quienes antes estaban excluidos, integrar los valores descuidados en los modelos de planificación y construir una economía, que refleje mejor toda la gama de aspiraciones humanas. Pero esta solución corre el riesgo de pasar por alto demasiado rápidamente las diferencias materiales, culturales y políticas reales que están en juego, dado que habitualmente depende de lo que podría denominarse una teoría *aditiva* del valor, la cual presupone que la integración de los valores excluidos es principalmente una cuestión de ampliar la información disponible, es decir, de conocer mejor las necesidades de las personas para así perfeccionar el proceso

---

[29] *Ibid.*, pp. 637-638, 798-799. Karl Polanyi desarrolla este tema en *The Great Transformation*, Nueva York, 1944; ed. cast.: *La gran transformación*, Madrid, 2016.

[30] En la tradición marxista esta concepción parece surgir más directamente de Engels, quien sostenía que el propósito del Estado es reprimir y excluir. Se deduce de ello, por lo tanto, que «tan pronto como ya no haya ninguna clase social que someter» y termine por ende el «dominio de clase», «ya no quedará nada que reprimir, no siendo ya necesaria la existencia de una fuerza represiva especial, de un Estado», F. Engels, *Anti-Dühring*, cit., p. 340.

de planificación[31]. De acuerdo con este punto de vista, la planificación sigue siendo en gran medida un ejercicio técnico de convergencia hacia la mejor solución, solo que ahora esta se logra mediante el debate en lugar del cálculo matemático.

La historia del pensamiento socialista ofrece muchos ejemplos de este planteamiento «aditivo». Consideremos el debate de la década de 1890 entre Edward Bellamy y William Morris sobre la naturaleza de una sociedad futura. En *Looking Backward* (1888), el novelista estadounidense imaginó un futuro en el que se había abolido la propiedad privada y se había reorganizado la producción para alcanzar niveles de eficiencia sin precedentes, liberando todo el potencial de la economía para producir abundancia y una vida de ocio[32]. El poeta y artista inglés rechazó enérgicamente esta concepción estrecha y centrada en la eficiencia en su respuesta utópica, *News from Nowhere* (1890). Morris ofreció una concepción alternativa del socialismo, organizada en torno a un conjunto más amplio de necesidades humanas, cuyo objetivo no era simplemente más abundancia y menos trabajo, sino un trabajo dotado de sentido y satisfactorio, que produjera bienes hermosos[33].

Sin embargo, la crítica de Morris ilustra precisamente la limitación del planteamiento aditivo. Aunque Morris trató de incorporar valores adicionales, no abordó los problemas que esto supondría para el proceso de toma de decisiones económicas. La única estructura concreta de toma de decisiones que se analiza en *News from Nowhere* es el *Mote*, una reunión informal en la que los miembros de una comunidad local se reúnen periódicamente para debatir cuestiones como, según cuenta Morris, la eventual construcción de un nuevo puente ahora o un poco más tarde. Estas decisiones parecen de alcance modesto y en gran medida incontrovertibles,

---

[31] Los socialistas no marxistas también han desarrollado explicaciones sobre el valor epistémico de la democracia. Véanse, por ejemplo, W. E. B. Du Bois, *Darkwater*, Nueva York, 1920, y John Dewey, *The Public and Its Problems*, Nueva York, 1927 [ed. cast.: *La opinión pública y sus problemas*, Madrid, 2004], quienes sostienen que la sociedad alcanza una mayor claridad mediante la inclusión de voces anteriormente excluidas y que, sobre ese fundamento, puede trazar un camino más justo y democrático hacia el futuro.

[32] Edward Bellamy, *Looking Backward: 2000-1887*, Boston (MA), 1888; ed. cast.: *Mirando atrás*, Madrid, 2014.

[33] William Morris, *News from Nowhere* [1890], Cambridge, 1995 [ed. cast.: *Noticias de ninguna parte*, Madrid, 2011]. Véase también *Other Writings*, Londres, 1993, así como sus muchos otros textos sobre el socialismo.

cuestiones de sentido común más que de desacuerdo político[34]. Morris ejercería una gran influencia durante la siguiente generación sobre la izquierda fabiana. G. D. H. Cole, cuya teoría del socialismo gremial desarrolló las intuiciones de Morris en una concepción mucho más elaborada de una sociedad organizada en torno a múltiples valores, optó de nuevo por el mencionado planteamiento aditivo. En su obra *Guild Socialism Restated* (1920), las personas se organizan en función de tres roles superpuestos: trabajadores, consumidores y ciudadanos. Estas identidades se corresponden con tres esferas institucionales, cada una dotada de sus propios órganos representativos, que se reúnen para negociar los precios y coordinar la producción. Karl Polanyi, estrecho colaborador de Cole en la década de 1930, desarrolló lo que podría considerarse su propia variante del socialismo gremial[35]. Sin embargo, a pesar de su riqueza arquitectónica, estos modelos comparten la premisa fundamental de que, una vez que se incluye la totalidad de las voces y perspectivas, no es difícil alcanzar el consenso. Se presume que los conflictos desaparecen sin necesidad de institucionalizarlos y gestionarlos.

Esta teoría aditiva del valor persiste también en tradiciones socialistas más recientes[36]. La encontramos allí donde los pensadores y pensadoras parecen dar por sentado que incluir a más personas, perspectivas, intereses y valores en el proceso de toma de decisiones económicas conducirá naturalmente a una mayor armonía social. De acuerdo con este punto de vista, los antagonismos económicos en el capitalismo surgen principalmente de la dominación: quienes tienen poder imponen sus decisiones a quienes no lo tienen. La exclusión de personas y valores se considera la causa fundamental del conflicto social. La implicación es que, superado el capitalismo, la política desaparecerá a medida que se vaya imponiendo

---

[34] W. Morris, *News from Nowhere*, cit., pp. 90-92.

[35] Karl Polanyi, «Socialist Accounting», *Theory and Society*, vol. 45, núm. 5, octubre de 2016. Para conocer dos perspectivas recientes, pero contrapuestas, sobre el socialismo gremial, véase Joseph Persky y Kirsten Madden, «The Economic Content of G. D. H. Cole's Guild Socialism», *European Journal of the History of Economic Thought*, vol. 26, núm. 3, junio de 2019, y Geoffrey Hodgson, «The Institutional Impossibility of Guild Socialism», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 47, núm. 1, enero de 2023.

[36] En cuanto a ejemplos representativos del planteamiento «aditivo» en el pensamiento socialista reciente, véanse Michael Albert, *Parecon: Life After Capitalism*, Londres y Nueva York, 2003 [ed. cast.: *Parecon: Vida después del capitalismo*, Madrid, 2005]; Paul Burkett, «Marx's Vision of Sustainable Human Development», *Monthly Review*, vol. 57, núm. 5, octubre de 2005; A. Nelson, *Beyond Money: A Post-Capitalist Strategy*, cit.; S. Sutterlütti y S. Meretz, *Make Capitalism History: A Practical Framework for Utopia and the Transformation of Society*, cit.

el consenso. Pero este marco evita sistemáticamente el desafío más profundo: la incorporación de múltiples valores requiere nuevos procedimientos para gestionar las diferencias reales sobre las recíprocas opciones en liza[37]. El estalinismo entendió bien estos choques de intereses y los abordó mediante la fuerza bruta, librando una guerra económica contra el campesinado para imponer los valores de las ciudades y del Estado soviético en proceso de industrialización. Si, por el contrario, las diferencias se abordan de forma democrática, adaptando los ideales de las antiguas concepciones del socialismo reguladas por la comunidad a un orden socioeconómico mucho más complejo, entonces ese proceso político debe pasar a primer plano y no puede dejarse simplemente en manos de los cocineros del futuro. El capitalismo suprime los conflictos de valores presentes en la producción imponiendo la lógica de la prioridad absoluta de la eficiencia. La incorporación de una pluralidad de valores en el ámbito de la producción significará transformar el proceso de elección entre prioridades económicas en recíproca competencia, no simplemente ampliar la información disponible para acometer aquella.

5. EL GRAN AVANCE DE NEURATH

Uno de los pocos pensadores de entreguerras, que comprendió el reto que la toma de decisiones multicriterio supondría para los modelos de planificación tradicionales fue el erudito vienés Otto Neurath. De elevada estatura y directo en el trato, Neurath fue una figura destacada en la vida intelectual de la ciudad antes de 1934[38]. Formado en matemáticas, física e historia económica en Viena y Berlín, también aprendió los aspectos prácticos de la improvisación económica en tiempos de guerra, que observó de cerca durante los conflictos balcánicos de 1912-1913, antes de encargarse de la logística del ejército austrohúngaro en el frente de Galitzia durante la Primera Guerra Mundial. Allí fue testigo de cómo la «economía comer-

[37] Incluso la obra de P. Devine, *Democracy and Economic Planning*, cit., cuyo concepto de «coordinación negociada» es crucial para el modelo que desarrollaré en la segunda parte de este texto, se adhiere en gran medida a una teoría aditiva del valor, asumiendo que los participantes en una economía socialista tenderán, a través de la deliberación, al compromiso y al consenso. Solo hay espacio para el conflicto político, cuando se rompe la negociación y, con ella, la capacidad de coordinar la producción en los sectores afectados. La actividad económica no puede reanudarse hasta que se resuelva el conflicto y se restablezca la coordinación negociada. Se entiende que esta interrupción genera la presión social necesaria para restablecer el compromiso.

[38] Para conocer el contexto intelectual de Otto Neurath (1882-1945), véase Michael Turk, *Otto Neurath and the History of Economics*, Abingdon, 2018.

cial orientada por el dinero» comenzaba a dar paso a una «economía administrativa» centralizada, que trajo consigo una mejora de las condiciones de vida, pero también una lamentable uniformidad:

> Si la economía administrativa [...] realmente aprovecha mejor el trabajo disponible, eliminando el desempleo, haciendo imposibles las crisis y reduciendo la pobreza masiva, sin duda pasará algún tiempo antes de que se plantee una crítica incisiva contra la uniformidad. Pero el deseo de coexistencia de diferentes formas de vida y organización se manifestaría entonces con más fuerza que nunca y tal vez no sea imposible que una multiplicidad de formas de vida adaptadas a la multiplicidad de los propios seres humanos se convierta en una marca del futuro inmediato[39].

Radicalizado por el colapso de los imperios Habsburgo, Hohenzollern y Romanov, Neurath se contó entre quienes intentaron construir una nueva sociedad entre los escombros dejados por la Primera Guerra Mundial, liderando los movimientos en pro de la socialización de la economía en el periodo previo a la efímera República Soviética de Baviera de 1919. Tras su derrota, fue deportado de vuelta a Austria, donde desempeñó un papel clave en la planificación urbana y la educación popular en la Viena Roja, además de estimular a Ludwig von Mises a iniciar el debate sobre el cálculo socialista[40].

Neurath rechazó la idea de que una economía socialista debiera optimizarse para lograr un único objetivo –ya fuera maximizar la producción o minimizar el tiempo de trabajo– e insistió en la idea de que tomar en serio la existencia de valores múltiples, a menudo contradictorios, requería replantearse la propia coordinación económica. La planificación ya no podía entenderse como un proceso técnico para seleccionar la mejor solución.

---

[39] Otto Neurath, «The Converse Taylor System» [1917], en Marie Neurath y Robert Cohen (eds.), *Empiricism and Sociology*, Dordrecht, 1973, pp. 132-133.

[40] En 1920 Neurath reflexionó sobre la derrota de la República Soviética de Baviera: «La guerra civil hace estragos en Alemania. El hambre, la enfermedad y el asesinato están en marcha, los jinetes del Apocalipsis. ¿Cómo les podemos oponer la correspondiente resistencia? Solo con nuestra voluntad y nuestro conocimiento. Esta miseria nos ha sobrevenido, entre otras cosas, porque carecíamos de objetivos claros. Los marxistas acabaron con el utopismo ingenuo, salvando así la unidad del partido y el «rigor científico», pero también paralizando la determinación de idear nuevas formas. La doctrina de la necesidad histórica se convirtió en quietismo para muchos; se olvidó lo que Marx había dicho sobre la participación activa en la reconstrucción [...]. El proletariado y sus aliados se encontraron con mucho poder en sus manos en la Revolución de Noviembre. Sin embargo, lo que faltó fue una idea del futuro económico, que pudiera haber guiado la voluntad», «A System of Socialization», en Thomas Uebel y Robert Cohen (eds.), *Economic Writings, Selections 1904-1945*, Heidelberg, 2004, pp. 348-349.

Debía reconceptualizarse como un procedimiento democrático para navegar entre prioridades divergentes. En la Viena de la década de 1920, por ejemplo, un organismo de planificación municipal encargado de resolver la escasez de viviendas podía enfrentarse a objetivos contrapuestos: minimizar los costes o maximizar la habitabilidad. Ningún modelo técnico podía resolver la disyuntiva entre construir el mayor número posible de viviendas, de forma rápida y barata, o dar prioridad a los espacios verdes, la luz y el saneamiento, aunque a un ritmo más lento y con un coste más elevado. La elección no era una cuestión de optimización de insumos y productos, sino una cuestión política sobre qué valores elegir y por qué[41].

Como señaló en *Der Kampf*, la revista teórica de los socialdemócratas austriacos, la economía socialista se preocupaba por «el interés del conjunto social», «el bienestar de todos sus miembros en lo que respecta a la vivienda, la alimentación, el vestido, la salud, el entretenimiento, etcétera»:

> Desde el principio hay que determinar qué es «el interés del conjunto social». ¿Incluye la prevención del agotamiento prematuro de las minas de carbón o de la karstificación de las montañas o, por ejemplo, la salud y la fortaleza de la próxima generación? Una vez que este interés del conjunto social se haya determinado, al menos a grandes rasgos, tiene sentido preguntarse cómo se pueden utilizar mejor las materias primas, las máquinas, la mano de obra, etcétera, existentes. Hay que encontrar la mejor manera de lograr una explotación no despilfarradora de las minas de carbón para garantizar la salud de la próxima generación[42].

---

[41] Para conocer las principales contribuciones de Neurath sobre la planificación económica, véanse especialmente «Through War Economy to Economy in Kind» e «International Planning for Freedom», en M. Neurath y R. Cohen (eds.), *Empiricism and Sociology*, cit.; y «Economic Plan and Calculation in Kind» y «Socialist Utility Calculation and Capitalist Profit Calculation», en Th. Uebel y R. Cohen (eds.), *Economic Writings, Selections 1904-1945*, cit. La obra de Neurath ha sido a menudo malinterpretada por quienes no leen sus escritos sobre planificación económica junto con su filosofía de la ciencia. Sobre los esfuerzos realizados para corregir esta malinterpretación, véanse las siguientes contribuciones de John O'Neillen: «Who Won the Socialist Calculation Debate?», *History of Political Thought*, vol. 17, núm. 3, otoño de 1996; «Socialism, Associations and the Market», *Economy and Society*, vol. 32, núm. 2, 2003; y «Pluralism and Economic Institutions», en Elisabeth Nemeth, Stefan W. Schmitz y Thomas E. Uebel (eds.), *Otto Neurath's Economics in Context*, Heidelberg, 2007; así como, Thomas E. Uebel, «Calculation in Kind and Substantive Rationality: Neurath, Weber, Kapp», *History of Political Economy*, vol. 50, núm. 2, junio de 2018. Mi interpretación de Neurath y del debate sobre el cálculo socialista está profundamente influida por estos textos y por las conversaciones mantenidas con O'Neill y Uebel.

[42] Otto Neurath, «Sozialistische Nützlichkeitsrechnung und kapitalistische Reingewinnrechnung», *Der Kampf*, núm. 18, 1925; traducción inglesa, «Socialist Utility Calculation and Capitalist Profit Calculation», en Th. Uebel y R. Cohen (eds.), *Economic Writings, Selections 1904-1945*, cit., pp. 466-472.

Neurath sostenía que en el capitalismo estas disyuntivas recíprocas quedan ocultas: las cuestiones relativas al tipo de trabajo, al medio ambiente o a las comunidades que queremos se plantean como si tuvieran respuestas puramente técnicas, lo que crea una falsa sensación de claridad sobre el camino que debe seguirse. Una vez que se reconoce la pluralidad de valores, la planificación ya no ofrece una única vía óptima para la economía. La elección entre alternativas se convierte en algo esencial.

Neurath reconoció que a muchos les resulta difícil aceptar esta conclusión. Una presuposición dominante en el pensamiento científico moderno –incluido el pensamiento socialista– es que la incertidumbre siempre puede reducirse con mejor información: que, con suficientes datos, todas las opciones pueden clasificarse. Neurath denominó a esta creencia «pseudoracionalismo»: la tendencia a partir de la presuposición de que siempre puede descubrirse una única solución óptima para cualquier problema y, a continuación, racionalizar la propia elección, *a posteriori*, como si hubiera sido la mejor[43]. Los pseudoracionalistas construyen mitos de necesidad en lugar de practicar formas verdaderas de razonamiento. El verdadero racionalismo, argumentaba Neurath, comienza por reconocer que no puede eliminarse la incertidumbre fundamental, cuyo origen es doble. En primer lugar, nos enfrentamos a la incertidumbre sobre los hechos: no comprendemos plenamente el presente y no podemos predecir el futuro de forma fiable. En segundo lugar, nos enfrentamos a la incertidumbre sobre nuestros valores: incluso los valores bien definidos no tienen relaciones de compensación fijas o estables y nuestras prioridades tienden a cambiar con el tiempo. Estas incertidumbres implican que la planificación económica no puede ser totalmente predictiva ni enteramente técnica. Por el contrario, «debemos ofrecer en principio varias respuestas, ya que, debido a nuestra insuficiente comprensión de las premisas de los acontecimientos, se nos presentan varias posibilidades»[44].

---

[43] Véase Otto Neurath, *Philosophical Papers 1913-1946*, Robert Cohen y Marie Neurath (eds.), Dordrecht, 1983, especialmente «The Lost Wanderers of Descartes and the Auxiliary Motive» y «The Orchestration of the Sciences by the Encyclopedism of Logical Empiricism». Véase también «The Problem of the Pleasure Maximum» [1912], en M. Neurath y R. Cohen (eds.), *Empiricism and Sociology*, cit., pp. 113-122.

[44] Otto Neurath, «Utopia as a Social Engineer's Construction» [1919], *ibid.* En sus primeros trabajos, Neurath planteaba la incertidumbre como un problema epistemológico: carecemos del conocimiento o las técnicas para medir o agregar valores contrapuestos, como en su crítica al «placer máximo». Sin embargo, en escritos posteriores, Neurath parece inclinarse hacia una concepción ontológica: que los valores pueden ser irreductiblemente plurales o que lo que llamamos «felicidad» no es un

En opinión de Neurath, reconocer esta doble incertidumbre conduce a rechazar el dinero como instrumento de coordinación económica. El dinero, argumentaba, es un dispositivo pseudorracional: crea la ilusión de que todos los resultados pueden ser comparados mediante una única unidad de cuenta, ocultando la presencia de una incertidumbre genuina tanto sobre los hechos como sobre los valores. La sociedad experimenta el fracaso de esta ilusión de forma violenta –a través de crisis financieras– y de forma más ordinaria, ya que las personas suelen hacer concesiones entre, por ejemplo, ingresos más altos y trabajo de mejor calidad o entre crecimiento económico y sostenibilidad medioambiental sin enfrentarse nunca a estas como opciones explícitas. Para superar esta forma irracional de racionalidad, Neurath argumentó que una economía socialista debería adoptar el «cálculo en especie». Esto implicaría evaluar los planes económicos tanto cuantitativa como cualitativamente, pero sin medir todo en términos de una única unidad. El cálculo en especie también reconocería que los expertos solo tienen una capacidad limitada para tomar decisiones por nosotros basándose en criterios técnicos. Dadas las incertidumbres fundamentales sobre los hechos y los valores, los expertos no pueden descubrir resultados estrictamente óptimos; en el mejor de los casos, pueden ayudar a identificar una gama de opciones entre las que podemos elegir. Reconocer que la incertidumbre limita nuestra capacidad para clasificar nuestras opciones no es un fracaso de la planificación, insistió Neurath, sino una condición previa necesaria para efectuar la misma en una sociedad democrática. En presencia de problemas de planificación de orden parcial, la democracia se convierte no solo en algo deseable, sino en algo esencial.

La mayoría de los análisis sobre planificación económica asignan un papel limitado a la deliberación democrática, la cual o bien confirma la opción ya identificada por los algoritmos de optimización técnica, o bien lleva a cabo esta optimización mediante un debate orientado al consenso. De acuerdo con esta concepción, la deliberación aporta poco más que la posibilidad de que las personas puedan elegir la «mejor» opción para sí mismas, al tiempo que introduce el riesgo de que puedan elegir incorrectamente.

---

objeto único, sino en realidad una pluralidad de objetos, que carecen de una unidad común. Para Neurath, esta idea se aplicaba por igual a la vida individual y social. Los economistas han tratado de eludir el problema convirtiendo la incertidumbre en un riesgo calculable, asignando probabilidades a futuros desconocidos. Pero, al igual que Neurath, Frank Knight, *Risk, Uncertainty and Profit*, Boston (MA), 1921; ed. cast.: *Riesgo, incertidumbre y beneficio*, Madrid, 1974) y Keynes, cit., cap. 12 reconocieron que la verdadera incertidumbre se resiste a tal reducción.

Ello se justifica normalmente por dos motivos: o bien porque se cree que la democracia mejora la toma de decisiones técnicas al incorporar información adicional –y entonces la inclusión conduce a un resultado más óptimo–, o bien porque sirve como salvaguarda contra la concentración de poder, contribuyendo a atenuar la preocupación republicana por la no dominación. Pero si la incertidumbre es estructural y se aplica no solo a los hechos sino también a los valores, entonces la justificación de la democracia debe ser de otro tipo. No puede esperarse, que ni el razonamiento técnico ni la deliberación comunitaria converjan en una única solución correcta. Precisamos, pues, de un concepto de democracia concebido no como fuente de mejores aportaciones o de una mejor supervisión del proceso de planificación económica, sino como un procedimiento legítimo para elegir entre opciones contrapuestas e inconmensurables en el curso de la misma. Para Neurath, la democracia significaba crear un proceso a través del cual las personas fueran capaces de determinar colectivamente su futuro de manera real en lugar de limitar esta determinación a una cuestión de consulta o de representación limitada.

Las propuestas concretas de Neurath para conseguirlo incluían la creación de una oficina central para efectuar el cálculo en especie, donde expertos, o «ingenieros sociales», desarrollarían planes integrales para dramatizar las alternativas entre las que la ciudadanía debería decidir. Tal y como explicó en la sesión plenaria del Consejo de Trabajadores de Múnich en enero de 1919, los planes pondrían de relieve las diferencias reales existentes entre los caminos que la sociedad podía tomar:

> A partir de estos planes económicos, los representantes del pueblo deberían poder deducir qué tipo de cambios cualitativos se producirían si se construyeran presas, si se cementaran todos los pozos de estiércol, etcétera en el marco de la economía total. La importancia y la viabilidad de cada medida individual quedarían claras al observar el conjunto[45].

Un plan podría dar prioridad a la sostenibilidad medioambiental, otro podría hacer hincapié en la reducción de las horas de trabajo, mientras que un tercero podría centrarse en mejorar la calidad de la prestación laboral. Una vez presentados estos planes, la ciudadanía tendría que sopesar las ventajas e inconvenientes percibidos mediante una deliberación democrática,

---

[45] Otto Neurath, «Character and Course of Socialization» [1919], M. Neurath y R. Cohen (eds.), *Empiricism and Sociology*, cit., p. 141. Sobre el papel de los «ingenieros sociales», véase «A System of Socialization» y «Total Socialization» en Th. Uebel y R. Cohen (eds.), *Economic Writings, Selections 1904-1945*, cit.

seguida de una votación. Neurath concibió este proceso utilizando unidades en especie en lugar de precios monetarios, con planes que representaban la economía como un conjunto de relaciones físicas directas: qué cantidad de alimentos sustenta a una población; cuántas entradas de teatro podrían contribuir a una vida más rica. Esto implicaría nuevas formas de educación pública. Neurath desarrolló debidamente el sistema ISOTYPE, un lenguaje visual para ayudar a una población con conocimientos matemáticos limitados e incluso una alfabetización limitada a informarse sobre las opciones económicas en liza. Su objetivo no era solo informar, sino también empoderar, garantizando que la coordinación económica reflejara las aspiraciones colectivas en lugar de las inclinaciones tecnocráticas[46].

6. SOBRE EL CÁLCULO SOCIALISTA

La cuestión de si era posible implementar la concepción de Neurath de una economía no monetaria se convirtió en un punto central de controversia en el debate sobre el cálculo socialista, que tuvo lugar durante el periodo de entreguerras. La polémica, en la que participaron algunos de los principales economistas de la época –Ludwig von Mises, Friedrich Hayek, Oskar Lange, Abba Lerner–, giró en torno a si era posible una organización económica racional sin las señales ofrecidas por los precios monetarios[47]. «Dado que los acontecimientos recientes [es decir, la Primera Guerra Mundial] han ayudado a los partidos socialistas a obtener el poder en Rusia, Hungría, Alemania y Austria, y han convertido así la ejecución de un programa de nacionalización socialista en un tema de actualidad, los escritores marxistas han comenzado a ocuparse más de cerca de los problemas de la regulación de la comunidad socialista», señaló Mises, al disparar la primera salva[48]. Mises y Hayek argumentaron que los planificadores centrales nunca podrían replicar

---

[46] Otto Neurath, «From Vienna Method to Isotype», en M. Neurath y R. Cohen (eds.), *Empiricism and Sociology*, cit., pp. 214-248. ISOTYPE era el acrónimo de International System of Typographic Picture Education (Sistema Internacional de Educación Tipográfica Pictórica). En la década de 1930 Neurath viajó con regularidad a la Unión Soviética para introducir allí este sistema.

[47] Para dos introducciones al debate sobre el cálculo socialista, elaboradas desde perspectivas opuestas, véase John O'Neill, *The Market: Ethics, Knowledge and Politics*, Abingdon, 1998, y Don Lavoie, *Rivalry and Central Planning: The Socialist Calculation Debate Reconsidered*, Cambridge, 1985.

[48] Ludwig von Mises, «Economic Calculation in the Socialist Commonwealth» [1920], en Friedrich von Hayek (ed.), *Collectivist Economic Planning: Critical Studies on the Possibilities of Socialism*, Londres, 1935.

la racionalidad inherente a los mercados capitalistas. Sin precios reales determinados por productores competitivos que buscan obtener el máximo beneficio, los participantes económicos carecerían de la información necesaria para tomar decisiones racionales sobre qué producir y cómo hacerlo[49].

Mises hizo hincapié en que los precios permiten a los agentes económicos –sobre todo a los inversores– no solo comparar el coste de los diferentes métodos de producción, sino también determinar si merece la pena producir un bien determinado. Solo comparando los costes de los insumos con el precio de los productos podría un agente juzgar, si las tasas de beneficio previstas justificaban la inversión. De este modo, la rentabilidad servía, por un lado, como señal de eficiencia relativa y, por otro, como umbral de viabilidad social. Hayek profundizó en este argumento, insistiendo en que la información sobre los precios por sí sola no era suficiente. La producción racional también dependía del conocimiento local y específico de los productores, que sabían qué métodos funcionaban mejor con su equipo y sus condiciones. Ambos advirtieron de que una planificación a gran escala conduciría a importantes ineficiencias en la producción. En lugar de tener más y trabajar menos, la gente acabaría teniendo menos y trabajando más[50].

A medida que avanzaba el debate, Lange y Lerner intentaron contrarrestar estas críticas proponiendo un modelo híbrido, que conservaba mecanismos similares a los del mercado dentro de una economía planificada[51]. El modelo Lange-Lerner-Taylor sugería que las empresas gestionadas públicamente podían orientarse hacia precios fijados administrativamente, simulando las señales del mercado sin necesidad de que los actores privados con ánimo de lucro descubrieran los precios mediante ensayo y

---

[49] Sobre los argumentos de Mises y Hayek contra la planificación socialista, véanse también los ensayos introductorio y conclusivo de Hayek en *ibid.*; y Ludwig Von Mises, *Socialism: An Economic and Sociological Analysis* [1922], Indianápolis (IN), 1981; ed. cast.: *El socialismo: análisis económico y sociológico*, Madrid, 2019.

[50] Hayek anticipó el «*vintage problem*»: incluso entre empresas que producen el mismo bien, la diversidad de la infraestructura y de las herramientas heredadas implicaba la no pertinencia de la premisa de que un único método de producción fuera óptimo. Véase Friedrich von Hayek, «The Use of Knowledge in Society», *American Economic Review*, vol. 35, núm. 4, septiembre de 1945.

[51] Véanse los ensayos recopilados en Oskar Lange y Fred Taylor, *On the Economic Theory of Socialism*, Mineápolis (IN), 1938 [ed. cast.: *Sobre la teoría económica del socialismo*, Esplugues de Llobregat, 1971] y Abba Lerner, «Economic Theory and Socialist Economy», *Review of Economic Studies*, vol. 2, núm. 1, octubre de 1934.

error competitivo. Un planificador central actuaría como un subastador walrasiano, anunciando los precios y ajustándolos sucesivamente para equilibrar la oferta y la demanda. Si un conjunto de precios daba lugar a la sobreproducción de un tipo de insumo y a la infraproducción de otro, se bajaría el precio del primero y se subiría el del segundo. Otros teóricos propusieron utilizar índices no relacionados con los precios para lograr resultados similares[52]. Algunos, inspirados al menos en parte por el sueño de Neurath de una economía en especie, experimentaron con cuadros de *input-output* y recurrieron a la programación lineal para coordinar la producción sin depender en absoluto de los precios[53].

Sin embargo, estos planteamientos seguían obsesionados con alcanzar lo que los economistas denominan equilibrio estático –el equilibrio momentáneo entre la oferta y la demanda– y, en consecuencia, se topaban con dificultades en lo relativo a la cuestión del dinamismo económico[54]. Lange y sus seguidores demostraron que, bajo ciertas hipótesis idealizadas, una economía planificada podía alcanzar el equilibrio estático al margen de las motivaciones lucrativas de los capitalistas privados. Pero, como argumentó Hayek, los mercados no son meros dispositivos de asignación, sino sistemas adaptativos y evolutivos. Los precios de mercado genuinos permiten respuestas rápidas y descentralizadas a cambios imprevistos en la disponibilidad de insumos o en las preferencias de los consumidores, incluso cuando las causas subyacentes sigan siendo oscuras. Los mercados reales también funcionan como escenarios de experimentación, donde las empresas pueden probar métodos alternativos de producción y nuevos productos, descubriendo lo que funciona a través de la evaluación de los consumidores. Hayek insistió en que los mercados son, por lo tanto, lugares de descubrimiento dinámico y no

---

[52] Geoffrey Heal, *The Theory of Economic Planning*, Ámsterdam, 1973. Para una formulación técnica, véase Robin Hahnel, *Democratic Economic Planning*, Abingdon, 2021.

[53] Allin Cottrell y Paul Cockshott, «Calculation, Complexity and Planning: The Socialist Calculation Debate Once Again», *Review of Political Economy*, vol. 5, núm. 1, 1993; y Paul Cockshott, «Von Mises, Kantorovich and In-Natura Calculation», *Intervention: European Journal of Economics and Economic Policies*, vol. 7, núm. 1, mayo de 2010.

[54] Véase Fikret Adaman y Pat Devine, «The Economic Calculation Debate: Lessons for Socialists», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 20, núm. 5, septiembre de 1996; y «On the Economic Theory of Socialism», *NLR* I/221, enero-febrero de 1997. Como señalan Adaman y Devine, Maurice Dobb fue el único participante importante del bando socialista en el debate sobre el cálculo de la década de 1930, que destacó la importancia del dinamismo. Véase Maurice Dobb, *On Economic Theory and Socialism*, Abingdon, 1955.

meros mecanismos para la búsqueda del equilibrio, argumentando al mismo tiempo que ningún sistema de planificación centralizada podría replicar esta capacidad de adaptación[55].

El equilibrio estático que Lange pretendía alcanzar, señaló Hayek, no era más que una ficción teórica inventada por los economistas neoclásicos, basada en la premisa poco realista de que las tecnologías, las preferencias de los consumidores y las condiciones económicas podían conocerse de antemano en su totalidad. En realidad, la vida económica está en constante movimiento, impulsada por los productores que prueban diferentes estrategias en condiciones de incertidumbre fundamental. Los resultados de estos experimentos, al igual que los resultados de una carrera, solo pueden descubrirse después de que hayan tenido lugar. Lange y sus seguidores habían concebido la planificación como un ejercicio de ajuste fino de una estructura fija y predeterminada en lugar de como una relación dinámica con la incertidumbre y el cambio.

Sin embargo, el problema más profundo del modelo de Lange-Lerner-Taylor no era simplemente que ignorara el dinamismo económico, sino que aceptara implícitamente las premisas subyacentes del marco austriaco. En lugar de seguir a Neurath y cuestionar la premisa de que las economías deben estructurarse en torno a una lógica prioritaria de eficiencia, Lange y sus colegas cedieron terreno al intentar demostrar que la planificación socialista podía igualar o aproximarse a la eficiencia de asignación de los mercados capitalistas. Al aceptar esta definición de racionalidad económica basada en un único criterio, permanecieron encerrados en un paradigma de optimización de criterio único; los objetivos no relacionados con la eficiencia, cuando se tenían en cuenta, aparecían como adiciones *a posteriori* o constricciones externas. Los modelos basados en los precios solo podían intentar integrar estos objetivos más amplios a través de mecanismos *ad hoc*, como los impuestos concebidos por Pigou, que ajustaban los precios para reflejar los costes y beneficios sociales y medioambientales[56].

---

[55] Friedrich Hayek, «Economics and Knowledge», «The Use of Knowledge in Society», «The Meaning of Competition» y «Socialist Calculation III: The Competitive "Solution"», en Friedrich Hayek, *Individualism and Economic Order*, Chicago (IL), 1948 [ed. cast.: *Individualismo y orden economico*, Madrid, 2022]. Para una concepción marxista de la competencia dinámica en el mundo real, similar a la de Hayek, pero más precisa, véase A. Shaikh, *Capitalism: Competition, Conflict, Crises*, cit.

[56] Lange ya señaló en 1936 que, una vez eliminada la resistencia a la maximización de los beneficios, externalidades tales como la contaminación podrían valorarse directamente en los mercados socialistas.

Estos ajustes parciales mejoraron la inclusividad del proceso de planificación, pero resultaron insuficientes como fundamento para una economía multicriterio verdaderamente dinámica y adaptable. Una economía de este tipo requeriría instituciones capaces de evolucionar continuamente, de integrar de forma dinámica objetivos múltiples y a menudo contradictorios, y de fomentar sistemáticamente la innovación tecnológica dirigida explícitamente a fines sociales diversos y cambiantes. Ni el planteamiento de Lange, ni ninguno de los modelos de planificación rivales del siglo XX, resolvieron el problema planteado por este tipo de coordinación económica.

Entretanto, el proyecto de Neurath, que ofrecía una concepción de cómo podría ser una economía verdaderamente democrática y pluralista, siguió siendo más una intervención crítica que una alternativa práctica. Suponía que, en un futuro próximo, los ingenieros sociales serían capaces de generar una serie de opciones de planificación aplicando evaluaciones multicriterio a vastos y detallados cuadros de *inputs-outputs*. En realidad, la carga computacional y las exigencias interpretativas de tal tarea –incluso para un solo plan, por no hablar de muchos– hacían que esta concepción fuera técnicamente inviable e insuficientemente especificada desde el punto de vista institucional[57]. Neurath carecía de un modelo concreto para convertir estas ideas normativas en un sistema viable capaz de integrar las posibilidades tecnológicas y los valores sociales en evolución a lo largo del tiempo, algo que por otra parte la tradición socialista en general nunca proporcionó.

7. PLANES Y MERCADOS

Si bien el debate sobre el cálculo socialista se desarrolló principalmente en el ámbito teórico, su contraparte práctica surgió de manera concreta después de la Segunda Guerra Mundial en las economías de

[57] El problema puede haber sido que Neurath no reconoció plenamente el grado de sistematicidad necesario para llevar a cabo incluso cambios incrementales dentro de un marco de planificación multidimensional. Intentó desarrollar el aspecto institucional de esta concepción en «International Planning for Freedom», en Th. Uebel y R. Cohen (eds.), *Economic Writings, Selections 1904-1945*, cit., pero de una manera menos coherente que en su obra anterior sobre la socialización total. Sobre la posibilidad de una «economía mixta» neurathiana con dimensiones tanto de mercado como en especie, véase Th. Uebel, «Calculation in Kind and Substantive Rationality: Neurath, Weber, Kapp», cit. El modelo que se desarrollará en la segunda parte de este estudio puede entenderse como una variante de este planteamiento.

planificación centralizada del bloque soviético. Como hemos visto, los planificadores soviéticos nunca intentaron implementar el proyecto democrático multidimensional de Neurath; su economía se estructuró siguiendo líneas altamente centralizadas y autoritarias. No obstante, al igual que Neurath, creían que la vida económica podía coordinarse de manera racional sin las señales de los precios de mercado mediante planes centrales integrales. La historia posterior de la URSS reveló los límites de este mecanismo; como base institucional para la coordinación no mercantil, la planificación centralizada fracasó en última instancia. Los problemas previstos por Mises y Hayek –cuellos de botella en la información, fallos de coordinación, rigideces en la adaptación al cambio– se hicieron exasperantemente comunes.

Sería erróneo concluir, sin embargo, que todo el experimento económico soviético fue un fracaso. Los economistas austriacos tenían razón en cuanto a las ineficiencias estáticas de la asignación de recursos efectuadas al margen del mercado, pero subestimaron el dinamismo que podía alcanzar la planificación centralizada. Durante un cuarto de siglo, entre las décadas de 1930 y 1950, la URSS fue la economía del mundo con mayor crecimiento de entre las economías de gran tamaño. Su ambicioso sistema de planificación de la inversión permitió una rápida industrialización, un amplio desarrollo de las infraestructuras y una impresionante expansión de la capacidad en sectores interdependientes. En algunos sectores, como la producción de acero, las plantas soviéticas se convirtieron en las más eficientes del mundo debido a su inmensa escala[58]. Estos logros desafiaron el marco austriaco, que ignoraba en gran medida las ventajas potenciales de las economías de escala y de la inversión coordinada. Durante un tiempo, estas ganancias superaron los costes de la mala asignación estática; si los planificadores soviéticos asignaban mal el 5 por 100 de la producción anual, pero lograban tasas de crecimiento global del 10 por 100, la producción deseada seguía aumentando rápidamente en términos absolutos. Sin embargo, a medida que el crecimiento se ralentizó, las ineficiencias estáticas se hicieron cada vez más pronunciadas[59].

---

[58] Véase Robert Allen, *Farm to Factory: A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*, Princeton (NJ), 2003. Allen sostiene que el rápido crecimiento de la URSS se debió no solo a la planificación de las inversiones dirigida por el Estado, sino también al cambio demográfico. La agitación revolucionaria contribuyó a impulsar la transición de la fertilidad; la educación masiva, especialmente entre las mujeres, la aceleró. Eso redujo el crecimiento demográfico, lo cual a su vez aumentó la renta per cápita. Véase también Alec Nove, *An Economic History of the USSR, 1917-1992*, Londres, 1993.

[59] R. Allen, *Farm to Factory: A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*, cit. Allen sostiene que el estancamiento económico de la URSS a partir de mediados de

Las economías de mercado ofrecen a las empresas una interacción directa con los proveedores: si un proveedor no satisface sus necesidades, las empresas buscan proveedores alternativos. La planificación centralizada eliminó esta flexibilidad crucial. Las empresas tenían que aceptar los recursos que les asignaba el aparato central, fueran adecuados o no. Como hemos visto, los directivos improvisaban soluciones, sustituyendo insumos de menor calidad o alterando los procesos de producción sobre la marcha. Estos ajustes improvisados producían con frecuencia productos defectuosos, que no satisfacían los requisitos finales. Sin embargo, las economías planificadas carecían de mecanismos eficaces para expulsar a las empresas con bajo rendimiento; incluso los proveedores crónicamente inadecuados seguían recibiendo insumos, mientras que otras plantas permanecían inactivas a la espera de las piezas necesarias y luego se apresuraban a producir para cumplir los objetivos. Estas interrupciones se propagaban rápidamente a través de cadenas de suministro estructuradas de manera rígida. En respuesta, las empresas acaparaban todos los insumos que podían conseguir, en particular la mano de obra, lo que agravaba aún más la escasez. Estas prácticas iniciaron una espiral descendente, distorsionando progresivamente los datos de planificación en los que se basaba la asignación de recursos. En estas condiciones, los mercados negros surgieron no como anomalías, sino como mecanismos de supervivencia cruciales, que permitían a las empresas obtener insumos esenciales y mantener la productividad básica. Sin estos canales informales, muchas industrias habrían tenido dificultades para funcionar. Así, la experiencia soviética reveló una verdad más profunda sobre la planificación centralizada: aunque pudo impulsar con éxito la industrialización a gran escala durante un periodo limitado de tiempo, fracasó como mecanismo de coordinación adaptativa sostenida en una economía compleja[60].

---

la década de 1960 se debió en parte a decisiones de inversión erróneas. Se destinaron enormes recursos a la búsqueda de nuevas fuentes de energía, que dieron pocos resultados, y a la modernización de antiguas plantas en lugar de construir otras nuevas, más grandes y más eficientes. Estas decisiones redujeron significativamente la eficacia de la inversión para aumentar los niveles del PIB.

[60] Sobre las disfunciones cotidianas de la planificación centralizada, véase Joseph Berliner, *The Innovation Decision in Soviet Industry*, Boston (MA), 1976; A. Nove, *The Economics of Feasible Socialism Revisited*, cit. ; M. Ellman, *Socialist Planning* [1979], cit.; J. Kornai, *Economics of* Shortage, cit.; Michael Lebowitz, *The Contradictions of 'Real Socialism': The Conductor and the Conducted*, Nueva York, 2012 [ed. cast.: *Las contradicciones del «socialismo real»: el dirigente y los dirigidos*, Madrid, 2017]; Donald Filtzer, *Soviet Workers and Stalinist Industrialization: The Formation of Modern Soviet Production Relations, 1928-1941*, Abingdon, 1976.

En la década de 1970, muchos economistas del bloque soviético llegaron a la conclusión de que los mercados no solo eran necesarios, sino inevitables. El mercado parecía proporcionar precisamente lo que le faltaba a la planificación centralizada: coordinación descentralizada, disciplina para las empresas con bajo rendimiento, adaptabilidad a cambios inesperados y un marco sostenible para la innovación continua. Sin embargo, la evidencia histórica sugería que estas virtudes solo surgían en mercados plenamente capitalistas, donde la actividad económica cotidiana estaba firmemente ligada a la inversión organizada en torno a la búsqueda del beneficio privado. Por el contrario, los mercados precapitalistas carecían de dinamismo, ya que las regulaciones gremiales aislaban a los productores de las presiones para innovar[61]. Del mismo modo, las reformas de mercado introducidas por las economías socialistas de Estado –como el Nuevo Mecanismo Económico de Hungría puesto en marcha en 1968– mejoraron la coordinación inmediata, pero no lograron mantener la innovación y el crecimiento a largo plazo. Los economistas polacos Włodzimierz Brus y Kazimierz Łaski observaron que las empresas socialistas orientadas al mercado tenían pocos incentivos para innovar. El economista János Kornai identificó la causa en la persistencia de «restricciones presupuestarias blandas»: los planificadores, reacios a dejar que las empresas fracasaran, seguían asignando recursos a las empresas con bajo rendimiento. Sin la amenaza de la disciplina del mercado, las empresas no se enfrentaban a una presión real para mejorar su comportamiento y su rendimiento[62].

La lección parecía clara: el dinamismo del mercado dependía de la inversión impulsada por los beneficios. Si las decisiones de inversión no

---

[61] Las descripciones del socialismo gremial realizadas por G. D. H. Cole y otros autores solían pasar por alto el estancamiento de los sistemas gestionados por gremios, en particular su resistencia a la innovación técnica, sus bajos índices de inversión y su limitada capacidad para ajustar la oferta en respuesta a la demanda. Por su parte, los socialistas gremiales defendían los mercados precapitalistas como modelos de coordinación ética, alabando el «precio justo» asignado a sus productos, porque proporcionaban a los trabajadores una cierta dignidad y apoyaban la producción de carácter artesanal. Karl Polanyi se hizo eco de esta idea en *La gran transformación*, cit., y E. P. Thompson la dotó de profundidad histórica en *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture*, Nueva York, 1991 [ed. cast.: *Costumbres en común*, Madrid, 2019]. Véase también G. D. H. Cole, *Guild Socialism Restated*, Londres, 1920.

[62] Véase Włodzimierz Brus y Kazimierz Łaski, *From Marx to the Market: Socialism in Search of an Economic System*, Oxford, 1989; János Kornai, «The Soft Budget Constraint», *Kyklos*, vol. 39, núm. 1, febrero de 1986. En la década de 1980, la NLR mantuvo un debate sobre las contradicciones del «socialismo de mercado» con contribuciones de Nove, Brus, Mandel y Diane Elson.

se guiaban por la rentabilidad, los mercados no lograrían impulsar la eficiencia y la innovación. Esta conclusión generó una serie de intentos durante las décadas de 1980 y 1990 para reimaginar una forma de socialismo de mercado, contándose entre los más influyentes el del economista de Yale John Roemer[63]. Basándose en Brus, Łaski, Kornai y Nove, Roemer aceptó que las economías dinámicas requieren las presiones de eficiencia impuestas por la inversión orientada por la obtención de beneficios. Su solución consistía en reconceptualizar el socialismo como un proyecto rawlsiano de justicia distributiva, igualando la propiedad del capital en toda la sociedad. El capital sería de propiedad colectiva y los ingresos que generara se distribuirían equitativamente a través de las instituciones públicas. Las empresas seguirían funcionando según la lógica del mercado, compitiendo para maximizar los rendimientos monetarios, pero los beneficios se acumularían en manos de la ciudadanía y no en manos de la elite capitalista[64].

La eliminación de los capitalistas como clase sin duda reportaría importantes beneficios. Eliminaría la principal fuente de desigualdad económica en el capitalismo: la concentración de la riqueza y los flujos de ingresos que genera; un pequeño grupo de actores ricos ya no dominaría la financiación de las campañas electorales, de los grupos de presión o la propiedad de los medios de comunicación. Las reformas básicas, como las políticas de pleno empleo o la renta básica universal, ya no tendrían que sortear el poder de veto del capital. En este sentido, el modelo de Roemer, al igual que el de Lange y Taylor antes que él, ofrecía una clara ruptura con la estructura social del capitalismo. Pero en cuanto a su substancia económica, conservaba la lógica de este. La cuestión no

---

[63] John Roemer, *A Future for Socialism*, Cambridge (MA), 1994 [ed. cast.: *Un futuro para el socialismo*, Barcelona, 1995]. David Schweickart desarrolló un marco similar, centrado en las empresas autogestionadas por los trabajadores y el control social sobre la inversión, en *Against Capitalism*, Cambridge, 1993, y *After Capitalism*, Lanham (MD), 2002. Para una perspectiva crítica, véase David McNally, *Against the Market: Political Economy, Market Socialism and the Marxist Critique*, Londres y Nueva York, 1993.

[64] La propuesta de Roemer reflejaba un cambio más amplio en la teoría de izquierda de la década de 1990 en la que el socialismo se enmarcaba cada vez más en términos rawlsianos: no como la democratización y la transformación de la producción, sino como la distribución justa de sus resultados. Véase también G. A. Cohen, *If You're an Egalitarian, How Come You're So Rich?*, Cambridge (MA), 2000 [ed. cast.: *Si eres igualitarista, ¿cómo es que eres tan tico?*, Barcelona, 2001]. Para una crítica destacada, véase Nancy Fraser y Axel Honneth, *Redistribution or Recognition? A Political-Philosophical Exchange*, Londres y Nueva York, 2003; ed. cast.: *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político-filosófico*, Madrid, 2006.

era la preservación del mercado como distribuidor de recursos. Más decisivamente, la cuestión era que en el modelo de Roemer, la inversión seguiría fluyendo hacia los proyectos que se esperaba que ofrecieran el mayor rendimiento financiero. La eficiencia seguía siendo no solo un valor entre otros, sino la prioridad absoluta del sistema, lo cual seguiría siendo un pobre reflejo de las necesidades y de los valores humanos. A pesar de sus ambiciones redistributivas, el modelo de Roemer seguía atrapado en la lógica del sistema que pretendía trascender. La deliberación democrática sobre futuros contrapuestos a la que se refería Neurath quedaba descartada.

Lo que le faltaba a Neurath era una teoría plenamente desarrollada de la inversión como institución política. La inversión no es simplemente la expansión de las líneas de producción existentes, sino un proceso dinámico que construye el futuro. Incluso en el capitalismo, la inversión implica decisiones estratégicas efectuadas en condiciones de incertidumbre: qué objetivos perseguir, qué formas de vida permitir y qué compensaciones recíprocas aceptar[65]. Sin embargo, dado que la inversión sigue estando ligada a la rentabilidad, estas opciones se ven limitadas, lo cual restringe enormemente el abanico de futuros que pueden generar. Si la inversión determina fundamentalmente las posibilidades futuras de la sociedad, entonces también debe convertirse en el principal medio a través del cual la política democrática entra en la vida económica.

8. La ausencia de una teoría marxista de la inversión

¿Por qué la tradición socialista, a pesar de todas sus ambiciones, nunca desarrolló una teoría viable de la inversión como un proceso estructurado democráticamente? La obstrucción comenzó con el propio Marx, que si bien reconoció que un sistema poscapitalista necesitaría asignar parte de su producto para la producción futura, dejó sin examinar cómo se haría esa asignación o cómo podría orientarse hacia objetivos sociales en constante evolución. El resultado fue una tradición centrada en un posible resultado de la inversión –la expansión de la producción– sin una

[65] Para consultar análisis sociológicos recientes, que destacan el papel de los futuros imaginados en las decisiones de inversión, véase Jens Beckert, *Imagined Futures: Fictional Expectations and Capitalist Dynamics*, Cambridge (MA), 2016, y Aris Komporozos-Athanasiou, *Speculative Communities: Living with Uncertainty in a Financialized World*, Chicago (IL), 2022.

teoría sobre cómo podrían tomarse las decisiones de inversión colectiva y políticamente de un modo tal que permitiese configurar el futuro.

Parte del problema es conceptual. Siguiendo a los economistas clásicos, Marx se centró principalmente en los resultados de la inversión neta –es decir, en la acumulación de capital– más que en el proceso de inversión en sí mismo considerado. Su análisis se concentró en distinciones como la existente entre el capital constante y el capital variable, o la división entre el Departamento I (bienes de producción) y el Departamento II (bienes de consumo), expuestas en el volumen II de *El capital*. Aunque Marx señaló la distinción entre capital fijo y capital circulante presente en el Departamento I, la trató como un epifenómeno, de más interés para los capitalistas que para los analistas del sistema que adoptaban una perspectiva global[66]. Sin embargo, esta última distinción es realmente la más importante. El capital fijo consiste en bienes de inversión: edificios, estructuras, máquinas, herramientas y equipos. La inversión es el proceso de compra, mejora y mantenimiento de esta base de capital fijo mediante el cual se establece la infraestructura subyacente de la producción, determinando tanto lo que puede producirse como el modo en que se lleva a cabo esa producción. El capital circulante, por el contrario, se refiere a los insumos intermedios, es decir, a los materiales que se consumen en la producción y que son necesarios para mantener las operaciones en funcionamiento. Estos insumos intermedios fluyen a través de la infraestructura del capital fijo y dependen de ella. Si bien no todos los ajustes verificados en la producción requieren cambios en esta infraestructura, cualquier transformación significativa en pro de una mayor eficiencia, sostenibilidad o mejores condiciones de trabajo suele implicar la remodelación o renovación de esta base infraestructural.

En la década de 1870 Marx parece haber reconocido la necesidad de centrarse en la inversión como un proceso distinto que una economía socialista tendría que organizar de manera diferente. En la segunda edición alemana del volumen I de *El capital* (1873), Marx reconoció que una economía socialista seguiría necesitando destinar cada año una parte de su producción a la «producción de nuevos medios de producción».

---

[66] «Permítanme recordar al lector que fui el primero en utilizar las categorías "capital variable" y "capital constante". Desde la época de Adam Smith, la economía política ha confundido las características determinantes contenidas en estas categorías con la distinción meramente formal, derivada del proceso de circulación, entre capital fijo y capital circulante», K. Marx, *Capital*, VOL. I, Londres, 1993, p. 760. Véase también p. 783, nota al pie 13.

En la *Crítica del programa de Gotha* (1875), se burló de la idea de que el trabajo se pagaría por su valor total bajo el socialismo, señalando que siempre habría que reservar una parte de la producción total para la «sustitución de los medios de producción agotados» y para la «expansión de la producción». Sin embargo, nunca desarrolló una teoría más completa de la inversión bajo el socialismo capaz de desempeñar las funciones de coordinación que cumple la inversión bajo el capitalismo, al tiempo que incorporaba los objetivos de la transformación social en la organización de la producción. Si Marx hubiera desarrollado una teoría de la inversión como un proceso específico y políticamente estructurado, podría haber percibido su potencial para convertirse en el ámbito central de la coordinación económica: la dimensión *ex ante* de la planificación. El intercambio mercantil todavía podría manejar los ajustes *ex post* necesarios para la flexibilidad y la retroalimentación, pero la inversión determinaría las condiciones en las que funcionan los mercados[67]. La mayoría de los problemas que Marx asociaba con los mercados –crisis de sobreproducción provocadas por la entrada excesiva de empresas, inestabilidad impulsada por la innovación tecnológica descoordinada– no son intrínsecos al intercambio en sí mismo, sino fallos de coordinación de la inversión. Si la inversión se planificara de otra manera, muchos de esos problemas no surgirían[68].

Neurath dio un paso crucial más allá de Marx al reconocer que organizar la economía en torno a múltiples valores requeriría un cambio en la estructura de la toma de decisiones económicas. Rechazó la idea de que la planificación pudiera simplemente añadir nuevos objetivos a un

---

[67] La crítica de Marx a pensadores como Proudhon, John Francis Bray y Robert Grey le llevó a concluir ya en la década de 1840, que cualquier intento de reformar la asignación de capital sin abolir por completo la producción de mercancías era incoherente. Véase Karl Marx, *The Poverty of Philosophy* [1847], en *Marx and Engels Collected Works*, vol. 6, Londres, 1976; ed cast.: *La miseria de la filosofía*, Madrid, 2023.

[68] Esta idea se materializó parcialmente en los casos más eficaces de desarrollo impulsados por el Estado, incluidos los de Japón, Corea del Sur, Taiwán y Singapur, que adaptaron el modelo soviético combinando inversiones públicas específicas con operaciones de mercado competitivas a escala empresarial. Posteriormente, China siguió un camino similar. El problema no era la planificación en sí misma, sino el intento de planificarlo todo. Véase Chalmers Johnson, *MITI and the Japanese Miracle*, Stanford (CA), 1982; Alice Amsden, *Asia's Next Giant: South Korea and Late Industrialization*, Oxford, 1989; y Robert Wade, *Governing the Market*, Princeton (NJ), 1990 [ed. cast.: *El mercado dirigido: La teoría económica y la función del gobierno en la industrialización del este de Asia*, San Diego, 2000]. Véase también Isabella Weber, *How China Escaped Shock Therapy: The Market Reform Debate*, Londres, 2021. Sin embargo, ninguno de estos modelos asiáticos intentó democratizar la planificación de las inversiones ni abrirla a objetivos plurales.

proceso que, por lo demás, era técnico. Pero, al igual que Marx, no distinguió claramente entre la inversión y otros aspectos de la producción, imaginando en consecuencia que la coordinación multicriterio tenía que producirse bien a la escala micro de las empresas individuales –una solución que rechazó, ya que dejaba sin resolver el problema de la agregación entre empresas–, bien a la escala macro de la contabilidad nacional, lo cual pronto se volvió demasiado complejo de implementar. Todo ello dejó al descubierto sus vulnerabilidades ante las críticas planteadas en el debate sobre el cálculo socialista[69]. En realidad, Neurath debería haber tenido en cuenta la inversión, que ya es el mecanismo mediante el cual el capitalismo selecciona sus futuros. La inversión es donde se toman las decisiones en condiciones de incertidumbre sobre resultados que, por esa misma razón, no son totalmente comparables. Es el lugar institucional natural para el tipo de procedimiento democrático que Neurath imaginaba. Y dado que la inversión en una economía madura suele representar solo entre el 15 y el 25 por 100 de la actividad económica, su coordinación política no requiere una planificación a gran escala. Sin embargo, es esta modesta proporción la que marca la dirección de todo el sistema.

¿Por qué, entonces, ningún otro marxista desarrolló una teoría de la inversión como proceso político? La respuesta radica en cómo se entendía la planificación. En la tradición socialista, la planificación no solía considerarse un ámbito para la articulación de desacuerdos, sino una forma de ponerles fin, tanto económica como políticamente. La teoría del plan prometía un orden racional en lugar de la anarquía capitalista, armonía social en lugar de lucha de clases. De acuerdo con esta concepción, la inversión se convirtió en una cuestión puramente técnica: la reproducción de la producción existente a una escala ampliada. Como resultado de ello, los marxistas tendían a ignorar el carácter emprendedor, experimental y prospectivo de la inversión, incluso en el capitalismo, es decir, la forma en que esta remodela el panorama económico al proponer nuevas combinaciones de tecnología, mano de obra y objetivos[70]. En el capitalismo, estas

---

[69] En «International Planning for Freedom», Neurath propuso la planificación regional como una forma de evitar la complejidad de la coordinación económica nacional, pero esta solución suscita críticas desde ambos frentes: carece de un mecanismo para agregar datos entre regiones y, al mismo tiempo, sigue siendo demasiado agregada para poder aplicarse de manera eficaz a escala local, M. Neurath y R. Cohen (eds.), *Empiricism and Sociology*, cit., pp. 422-440.

[70] Este descuido fue criticado tanto por los austriacos en el debate sobre el cálculo socialista como, más tarde, por los keynesianos, quienes hicieron hincapié en el papel de la inversión en la coordinación de las expectativas y la gestión de la incerti-

propuestas tienen un objetivo limitado, filtrado por la búsqueda de beneficios, pero siguen siendo ideas para el cambio, ya que inventan futuros y ponen a prueba los límites realmente existentes. Si los marxistas hubieran reconocido que esta dimensión creativa debía trasladarse a cualquier futuro socialista, podrían haber imaginado la inversión socialista de otra manera: no solo como un mecanismo de expansión, sino como una forma de experimentación social, como una forma de plantear múltiples futuros y decidir colectivamente cuál perseguir, lo cual habría requerido pensar en la planificación no como un extintor de desacuerdos, sino como un procedimiento para desarrollarlos y dilucidarlos.

Por el contrario, la planificación pasó a considerarse un fin en sí misma, si no la definición misma del socialismo. Su promesa de orden se confundió con la realización de la justicia. Pero la planificación siempre se entendió mejor como un medio para alcanzar un fin: eliminar la explotación y construir una economía capaz de servir a una gama más amplia de objetivos humanos, los cuales deben perseguirse mediante los acuerdos institucionales que mejor funcionen. Al replantearse la inversión –y transformar el funcionamiento de los mercados– sería posible tanto abolir como preservar el modo actual de vida económica, elevándolo a un orden superior de complejidad. Un sistema de este tipo no daría por sentado que los intereses de los trabajadores convergerán en una única norma, que la automatización eliminará la necesidad de contar con diversas habilidades o que la administración se simplificará, supuestos necesarios para que una forma puramente técnica de planificación económica resulte viable. El sistema que describimos aquí parte de la premisa, más realista, de que la mayoría de los procesos seguirán aumentando en complejidad con el tiempo, derivada esta de las exigencias técnicas de la producción, de la diversidad de los resultados deseados y de la pluralidad de las concepciones del mundo que tienen las personas.

9. LA FUNCIÓN DE INVERSIÓN DE KEYNES

Para replantearnos la inversión, por consiguiente, debemos recurrir a ideas ajenas a la tradición marxista. La figura clave aquí es Keynes, quien desarrolló una sofisticada teoría de la inversión: creativa, orientada al

---

dumbre. Véase también Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Nueva York, 1942 [ed. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, 2015], sobre la incertidumbre como problema para la planificación socialista.

futuro y desplegada en un contexto de incertidumbre fundamental respecto al mismo. Keynes fue el participante ausente en el debate sobre el cálculo socialista[71]. A diferencia de los economistas austriacos y de los marxistas, Keynes rechazó la premisa de que el intercambio mercantil requería inherentemente una economía estructurada en torno a la rentabilidad privada. Para Keynes, las transacciones de mercado y la inversión impulsada por los beneficios eran analíticamente distintas y su proyecto de transformación económica se basaba precisamente en la separación entre ambas. En lugar de abolir los mercados, como proponían algunos marxistas, o defender la motivación del beneficio, como hacían los austriacos, Keynes pretendía socializar la inversión bajo el control de una autoridad pública[72]. El Keynes de la inversión socializada difiere sustancialmente del más conocido hoy en día, esto es, el Keynes de la gestión de la demanda agregada, cuyo legado se asocia principalmente con las políticas de estabilización a corto plazo, sobre todo con el ajuste fiscal anticíclico, para mantener el pleno empleo durante las recesiones económicas. Pero el Keynes del paquete de estímulos representa solo una faceta de su pensamiento. Menos conocido es el Keynes, que consideraba esencial una reforma estructural más profunda y pedía una alteración fundamental de los procesos y los objetivos de la inversión para remodelar la trayectoria a largo plazo del conjunto de la economía.

La socialización de la inversión propuesta por Keynes no implicaba la propiedad pública de la totalidad de las empresas, sino, por el contrario, que el Estado asumiría el control estratégico sobre el nivel y la dirección de aquella mediante instituciones públicas y semipúblicas, que representarían «dos tercios o tres cuartos» de la actividad inversora total[73].

---

[71] Para una opinión relacionada con el mismo tema, véase Tiago Camarinha Lopes y Rafael Galvão de Almeida, «What Would Have Been Keynes's Position in the Socialist Economic Calculation Debate and Why It Matters», *International Journal of Pluralism and Economics Education*, vol. 10, núm. 3, 2019.

[72] J. M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, cit., cap. 24. Véase también Hyman Minsky, *John Maynard Keynes*, Nueva York, 1975; Riccardo Bellofiore, «The Socialization of Investment, from Keynes to Minsky and Beyond», *Levy Economics Institute Working Paper*, núm. 822, 2014; James Crotty, *Keynes against Capitalism: His Economic Case for Liberal Socialism*, Abingdon, 2019. En este punto sigo de cerca la interpretación de Crotty.

[73] John Maynard Keynes, «The Long-Term Problem of Full Employment» [1943], en *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 27, *Activities 1940-1946: Shaping the Post-War World-Employment and Commodities*, Londres, 1980, p. 322; véase también «Maintenance of Employment: The Draft Note for the Chancellor of the Exchequer», 10 de junio de 1943, incluido en el mismo volumen. En 1943 el economista inglés James Meade propuso un conjunto de estabilizadores de la demanda

Las autoridades públicas también ejercerían control sobre los planes de inversión de las grandes empresas para garantizar que estos complementaran las prioridades públicas[74]. El intercambio de mercado seguiría estructurando las interacciones económicas cotidianas y las empresas privadas seguirían invirtiendo, pero solo dentro de un marco cuya dirección fuera establecida por la inversión pública. En opinión de Keynes, esta reorganización de la inversión sentaría las bases para una transformación duradera. Al mantener la inversión más allá del punto en el que la rentabilidad privada disminuiría de forma natural, el Estado erosionaría gradualmente la propia motivación del beneficio. A medida que la economía se acercara a una situación de «saturación de capital», tanto los tipos de interés como las tasas de beneficio tenderían hacia cero, eliminando en última instancia el valor de la escasez del capital[75]. En la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Keynes explicaba que, aunque en sentido estricto «esto nunca ha ocurrido, ni siquiera momentáneamente», probablemente podría producirse en «veinticinco años o incluso menos», una vez que se hubiera producido la socialización de la inversión[76]. La famosa frase de Keynes sobre la «eutanasia del rentista» rara vez se cita en su totalidad, ya que vincula la extinción del rentismo con «la eutanasia del opresivo poder acumulativo del capitalista para explotar el valor de escasez del capital». Esto, de nuevo, se lograría mediante la acción del Estado, que obligaría a «un aumento del

---

para mitigar la gravedad de las recesiones, inaugurando el tipo de mecanismo, que más tarde recibiría el nombre de keynesianismo. Keynes rechazó de plano este planteamiento: «Creo que usted pone demasiado énfasis en la cura y muy poco en la prevención. Es cierto que un volumen fluctuante de obras públicas a corto plazo es una forma torpe de remedio [...]. Por otra parte, si la mayor parte de la inversión está bajo control público o semipúblico y nos decantamos por un programa estable a largo plazo, es mucho menos probable que se produzcan fluctuaciones graves», «Carta a J. E. Meade», 27 de mayo de 1943, p. 326.

[74] Cuando Keynes se refería a la inversión «semipública», tenía en mente las grandes empresas que eran tan importantes para el sistema que, en la práctica, funcionaban como servicios públicos. A menos que el Estado pudiera controlar sus decisiones de inversión, la inversión pública tendría que fluctuar enormemente en respuesta a los planes privados, una eventualidad que Keynes reconoció explícitamente como «torpe» e inviable. Véase también J. Crotty, *Keynes against Capitalism: His Economic Case for Liberal Socialism*, cit., que respalda este argumento con más pruebas textuales.

[75] J. M. Keynes, «Letter to Josiah Wedgwood», 7 de Julio de 1943, *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 27, cit., p. 350. Véase también J. M. Keynes, «The Long-Term Problem of Full Employment», cit., p. 324.

[76] Keynes se refiere a esta situación como una de «inversión plena» en el sentido de que «ya no cabría esperar, según un cálculo razonable, un rendimiento bruto agregado superior al coste de reposición a partir de un nuevo incremento de bienes duraderos de cualquier tipo», J. M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, cit., p. 324.

volumen de capital hasta que dejara de ser escaso»[77]. La teoría económica de Keynes planteaba así un desafío implícito tanto al capitalismo de mercado como a la planificación centralizada: si la inestabilidad fundamental del capitalismo se debía a su dependencia de las decisiones de inversión privadas, entonces sustituir ese mecanismo por una función de inversión gestionada públicamente alteraría fundamentalmente el sistema sin necesidad de abolir los mercados.

Para Keynes, la coordinación de la inversión pública y privada para alcanzar estos objetivos era –o debería ser– una cuestión técnica más que política. Comparó de forma célebre el papel futuro de los economistas con el de los dentistas, dando a entender que, una vez identificados los procedimientos correctos, su aplicación se convertiría en algo casi rutinario. Sin embargo, el planteamiento técnico de Keynes no se derivaba del deseo de organizar la economía en torno a un único objetivo primordial, como la eficiencia o la producción máxima. Por el contrario, Keynes anticipó un futuro en el que el impulso de la acumulación se desvanecería, permitiendo a la humanidad ocuparse por fin de su problema «real» y «permanente»: cómo utilizar la libertad frente a las necesidades económicas para vivir «con sabiduría, de forma agradable y bien»[78]. Al destacar estos tres valores como dimensiones distintas de la buena vida, Keynes previó claramente una sociedad organizada en torno a múltiples fines. John Stuart Mill había imaginado algo similar casi un siglo antes. Esperaba con interés una sociedad poscompetitiva, «el estado estacionario», en la que la búsqueda del beneficio daría paso al «arte de vivir» en contraste con «el arte de salir adelante»[79]. La semejanza entre el «estado

---

[77] *Ibid.*, p. 376. Esto aún dejaría cierto margen para la iniciativa empresarial a la hora de introducir nuevos productos en el mercado, p. 221.

[78] J. M. Keynes, «Economic Possibilities of Our Grandchildren» [1930], en *Essays in Persuasion*, Londres, 1931, pp. 373, 367 [ed. cast.: *Ensayos de persuasion*, Madrid, 2009]. Keynes asumió que la transición a una vida en la que «volveremos a valorar los fines por encima de los medios y preferiremos lo bueno a lo útil» no sería conflictiva, y que el único problema sería individual, consistente en averiguar cómo ocupar el tiempo.

[79] John Stuart Mill, *Principles of Political Economy*, Londres, 1848, libro IV, cap. 6, §2 [ed. cast.: *Principios de economía política*, Madrid, 2008]. Al igual que Keynes, Mill ha sido reconsiderado recientemente como una especie de socialista liberal. Véase Helen McCabe, *John Stuart Mill, Socialist*, Cambridge, 2023, quien identifica cinco subobjetivos dentro del utilitarismo modificado de Mill: progreso, seguridad, libertad, igualdad y fraternidad. Véase también Kirsten Madden y Joseph Persky, *Building a Social Science: Nineteenth-Century British Cooperative Thought*, Oxford, 2024, que reconstruye las teorías cooperativas de Robert Owen, William Thompson, J. S. Mill y G. D. H. Cole.

estacionario» de Mill y la proyección de Keynes de una economía de inversión total es sorprendente, y se halla insólitamente poco explorada. Ambos imaginaron un mundo en el que el afán de lucro se desvanecería y la vida económica daría paso al progreso moral y cultural. Pero mientras Mill creía que esta transformación podría producirse de forma natural, una vez que se abordaran las presiones demográficas mediante la planificación familiar, Keynes, aunque hacía la misma advertencia demográfica, entendía que el camino hacia el beneficio cero sería mucho más turbulento y que la saturación del capital no podría lograrse sin una intervención pública deliberada y sostenida.

Sin embargo, tanto Mill como Keynes operaban con lo que yo he denominado una teoría aditiva del valor: la suposición de que incorporar objetivos adicionales a la vida económica enriquece la toma de decisiones, pero no la complica fundamentalmente. Desde esta perspectiva, la transición del capitalismo de criterio único a la prosperidad multidimensional podría desarrollarse sin problemas, ya que los valores no económicos se convertirían simplemente en aportaciones adicionales, factores integrados por los expertos en la planificación económica o en la planificación de inversiones. En este marco, el pluralismo aparece principalmente como un problema técnico más que político. Pero la concepción aditiva del valor de Keynes (y de Mill) pasa por alto una dificultad crucial. Como hemos visto, la coordinación de valores plurales no puede delegarse únicamente a los expertos ni reducirse a una implementación técnica, porque implica elecciones irreductiblemente políticas. Las importantes ideas de Keynes sobre la institución estructural de una función de inversión poscapitalista deberán reorientarse significativamente, si se quiere tratar la inversión de una manera verdaderamente democrática desde el principio. Para ello se necesitarán estructuras abiertas y responsables, lo más descentralizadas posibles y capaces de dilucidar los desacuerdos en todos los niveles en lugar de suprimir estos bajo una apariencia de conocimiento experto tecnocrático.

Los marxistas a menudo han rechazado a Keynes por una razón diferente, acusándolo de pasar por alto la división política fundamental existente en el núcleo del capitalismo: la lucha de clases por la distribución de los ingresos, que convierte todas las instituciones económicas en mecanismos de dominación de clase. En la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Keynes asume que los salarios corresponden a la productividad marginal del trabajo, es decir, que, una vez alcanzado el

pleno empleo, la estructura salarial estaría técnicamente determinada y se estabilizaría por sí sola. A tenor de este punto de vista, las demandas de los trabajadores que superan ese nivel salarial de equilibrio no son expresiones de una agencia política razonable, sino amenazas a la estabilidad macroeconómica. Keynes no consideraba los salarios como un problema político, razón por la cual centró su atención de modo tan intenso en la inversión como la disfunción central del capitalismo[80].

Aquí también hay diferencias cruciales entre Keynes y Marx. Ambos consideran que el capitalismo tiende a la caída de las tasas de beneficio: en ausencia de un dinamismo tecnológico suficiente, la acumulación de capital conduce a un exceso de oferta en relación con la demanda, lo que ejerce una presión a la baja sobre los rendimientos financieros. Pero mientras que Marx considera esta tendencia como una característica compulsiva de la acumulación capitalista –una dinámica que impulsa la sobreproducción y precipita crisis periódicas–, Keynes interpreta el problema no como un problema de sobreproducción, sino como un problema de inversión insuficiente. Desde su perspectiva, la cuestión no es que los capitalistas inviertan demasiado, lo cual provoca un exceso de capacidad que conduce a la caída de las tasas de beneficio, sino que invierten demasiado poco para utilizar plenamente los recursos productivos de la sociedad. Con una acción pública sostenida, argumentaba, la inversión podría elevarse a un nivel que no solo mantuviera la plena utilización de los recursos, lo cual garantizaría el pleno empleo, sino que también, como se ha comentado anteriormente, obligara gradualmente a reducir la tasa de rendimiento de la inversión a cero. En ese momento, solo continuarían aquellas inversiones realizadas por iniciativa empresarial, interés técnico o fines sociales.

Keynes tenía razón, por supuesto, al sugerir que, incluso durante los periodos evidentes de sobreproducción, la inversión impulsada por motivaciones sin ánimo de lucro estimularía la demanda, lo cual contribuiría a acercar la economía al pleno empleo. Esta idea sustentaba su

---

[80] Aunque Keynes asume en *The General Theory of Employment, Interest and Money*, cit., cap. 2, que los salarios corresponden a la productividad marginal del trabajo en condiciones de pleno empleo, esto ha sido rechazado por muchos economistas poskeynesianos, en particular por aquellos que siguen la tradición de Luigi Pasinetti y Joan Robinson, quienes sostienen que la distribución del ingreso está determinada por fuerzas institucionales y políticas. Véase Luigi Pasinetti, *Growth and Income Distribution: Essays in Economic Theory*, Cambridge, 1974 [ed. cast.: *Crecimiento economico y distribución de la renta*, Madrid, 1983]; Marc Lavoie, *Post-Keynesian Economics: New Foundations*, Cheltenham, 2014. Véase también P. Sraffa, *The Production of Commodities by Means of Commodities*, cit.

principal recomendación política: dado que los capitalistas privados a menudo no invierten lo suficiente para mantener el pleno empleo, los gobiernos deben intervenir para cubrir el déficit. Sin embargo, Keynes no consideró seriamente la resistencia política que un programa de este tipo encontraría inevitablemente, tanto por parte de los capitalistas, que recurrían al desempleo como herramienta disciplinaria sobre la fuerza de trabajo, como por parte de los trabajadores, que, una vez fortalecidos por una situación sostenida de pleno empleo, podrían aprovechar su mejor posición negociadora para impulsar los salarios al alza y, por lo tanto, politizar la distribución de los ingresos[81]. Keynes trató, por el contrario, la prosecución del pleno empleo como una simple mejora técnica, que beneficiaría a todos. Este no se había logrado implementar todavía tan solo porque la sociedad se aferraba a ideas obsoletas y no porque esas ideas sirvieran a intereses poderosos y aún presentes[82].

10. FINANZAS FUNCIONALES

La concepción de Keynes abre, sin embargo, una vía fundamental para la transformación económica. Nos permite replantearnos la relación fundamental existente entre el dinero y la economía productiva, distinguiendo entre las constricciones nominales –presupuestos equilibrados, límites de deuda– y las constricciones reales, que plantea la capacidad productiva real, esto es, la disponibilidad de trabajo, capital y materias primas. Otra forma de expresar la idea central de Keynes es afirmar que el límite real de la actividad económica no es financiero, sino material. Mientras haya recursos ociosos, el Estado puede y debe gastar, independientemente de su situación fiscal actual. Como dijo Keynes en su famosa frase: «Todo lo que realmente podemos *hacer*, nos lo podemos permitir. Una vez hecho, ya está ahí». Era posible construir una Nueva Jerusalén «a partir de la mano de obra que, en nuestra anterior vana locura, manteníamos sin utilizar y descontenta en una ociosidad forzada»[83]. El gasto público no desplaza la actividad privada, sino que moviliza lo que de otro

---

[81] Sobre los obstáculos políticos al pleno empleo, véase Michał Kalecki, «Political Aspects of Full Employment», *Political Quarterly*, vol. 14, núm. 4, octubre de 1943. Kalecki argumentaba que los capitalistas se opondrían al pleno empleo permanente no porque fuera económicamente inviable, sino porque reduciría su poder para disciplinar a los trabajadores y debilitaría la posición social de los dirigentes empresariales.
[82] Véase J. Crotty, *Keynes against Capitalism: His Economic Case for Liberal Socialism*, cit., pp. 307-308.
[83] J. M. Keynes, «How Much Does Finance Matter» [1942], en *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, cit., vol. 27, p. 270. La cuestión de la propiedad es claramente secundaria en este caso.

modo permanecería inactivo. En tales condiciones, el dinero no es un insumo escaso, sino una herramienta de coordinación.

Esta idea fue posteriormente formalizada por Abba Lerner como la teoría de las finanzas funcionales. Lerner argumentó que el Estado no necesita aumentar los impuestos ni emitir deuda para «pagar» el gasto público. Lo que importa no es de dónde proviene el dinero, sino qué hace el gasto: si moviliza la capacidad no utilizada o impulsa la economía más allá de sus límites reales[84]. Esta perspectiva reformula la relación existente entre los impuestos y el gasto público y, lo que es más importante, entre el ahorro y la inversión. En el pensamiento económico dominante, los impuestos se consideran una condición previa necesaria para efectuar el gasto público: los gobiernos deben recaudar ingresos antes de poder financiar los gastos. En el marco keynesiano, la misma secuencia puede interpretarse fácilmente a la inversa. El gasto público aumenta la producción y los ingresos, que a su vez generan los ingresos fiscales necesarios para equilibrar el sistema. Desde este punto de vista, los impuestos no tienen por qué financiar el gasto público por adelantado, sino que también pueden utilizarse para modular el poder adquisitivo *a posteriori* con el fin de evitar la inflación. La misma flexibilidad interpretativa se aplica a la relación existente entre el ahorro y la inversión. En las cuentas convencionales, el ahorro se considera una reserva de la que se extrae la inversión. Pero Keynes muestra que la inversión puede producirse previamente, ya que esta aumenta la producción y los ingresos y esos ingresos más altos se ahorran parcialmente. Desde esta perspectiva, el ahorro es un residuo. En ambos casos, la causalidad puede considerarse que fluye en una u otra dirección. Lo que importa es cómo interpretamos la coordinación del sistema y qué papel tiene la autoridad pública en su gestión.

La idea de Keynes de que la inversión puede preceder y generar ahorro ayuda a esclarecer la lógica subyacente de la industrialización dirigida por el Estado. La capacidad de la Unión Soviética para poner en marcha

---

[84] Abba Lerner, «Functional Finance and the Federal Debt», *Social Research*, vol. 10, núm. 1, febrero de 1943; véase también Abba Lerner, *The Economics of Control: Principles of Welfare Economics*, Nueva York, 1944, cap. 10-11 [ed. cast.: *Teoría económica del control*, Ciudad de México, 1951]; J. M. Keynes, *How to Pay for the War*, Londres, 1940. En una carta, Keynes afirma que el argumento de Lerner es «impecable», pero añade: «Que Dios ayude a cualquiera que intente explicárselo a un hombre corriente en esta fase de la evolución de nuestras ideas», J. M. Keynes, «Letter to J. E. Meade», 25 de abril de 1943, en *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 27, p. 320.

sus planes quinquenales no dependía de obligar a los campesinos a ahorrar por adelantado, como suponían Bujarin y Preobrazhenski, sino que el Estado simplemente comenzó a movilizar la fuerza de trabajo subempleada para acometer proyectos industriales[85]. A los trabajadores se les pagaba en dinero, pero como la parte de la producción destinada a la inversión aumentó rápidamente, gran parte de estos ingresos no se podía gastar en bienes de consumo y, en la práctica, se ahorraba. Una lógica similar sustentó la movilización económica bélica en Estados Unidos y Gran Bretaña. Allí también los gobiernos ampliaron la producción no recurriendo a los ahorros privados preexistentes, sino asignando directamente recursos reales y emitiendo dinero según las necesidades, animando además a los hogares a ahorrar *a posteriori* mediante la venta de bonos de guerra. En ambos casos, la verdadera limitación no era financiera, sino material: mientras pudieran organizarse las fábricas, los trabajadores y las materias primas, la economía podía expandirse sin consecuencias inflacionistas.

Este cambio de mentalidad también marca una transformación más amplia en lo que pretende lograrse con la contabilidad del valor. En los modelos socialistas tradicionales, los sistemas contables están diseñados para realizar un seguimiento preciso de la creación de valor, a menudo en tiempo de trabajo o cantidades físicas, con el fin de orientar la asignación y prevenir la explotación. La teoría keynesiana, por el contrario, refleja una adaptación a la complejidad de las economías industriales modernas en las que la producción implica grandes gastos generales, efectos de escala e interdependencia sistémica. En este contexto, aislar las contribuciones individuales se vuelve cada vez más difícil y el propósito de la contabilidad cambia. En lugar de servir como fundamento para conseguir una asignación exacta, las estadísticas se convierten en herramientas para la coordinación macroeconómica: supervisar la capacidad, identificar los cuellos de botella y garantizar que la inversión y el consumo se mantengan dentro de los límites reales de los recursos. El objetivo ya no es calcular quién contribuye con qué, sino orientar la planificación a largo plazo ante la incertidumbre constante[86].

---

[85] Nikolái Bujarin, *The Politics and Economics of the Transition Period* [1920], Londres, 1979 [ed. cast.: *Teoría económica del periodo de transición*, Córdoba, Argentina, 1972]; Yevgeni Preobrazhensky, *The New Economics* [1926], Oxford, 1965 [ed. cast.: *La nueva economía,* Córdoba (Argentina), 1970]. Para esta interpretación del desarrollo soviético, véase R. Allen, *Farm to Factory: A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*, cit., cap. 3.

[86] Keynes bromeó en una carta escrita durante la guerra: «Estamos en una nueva era de alegría gracias a las estadísticas», J. M. Keynes, «Postwar Employment: Note

Sin embargo, incluso con un aparato estadístico avanzado, existen muchas razones por las que un sistema de financiación funcional es difícil de implementar en una economía capitalista estructurada en torno a la acumulación de riqueza privada. Los defensores del sistema de financiación funcional suelen señalar que un gobierno no es un hogar ni una empresa; el Estado puede gastar más de lo que recibe en concepto de ingresos fiscales e imprimir dinero para comprar su propia deuda. Siempre que los destinatarios gasten el dinero, el resultado debería ser un aumento de la demanda, una mayor producción y, en última instancia, el pleno empleo[87]. Pero en una economía organizada en torno a la acumulación privada, donde el dinero funciona tanto como medio de intercambio que como reserva de valor, no hay garantía de que los destinatarios del gasto público vuelvan a poner ese dinero en circulación. Puede que los gobiernos no necesiten gestionar sus balances, pero los hogares y las empresas sí deben hacerlo. Cuando los agentes económicos pueden optar por dar prioridad a la seguridad financiera –pagar deudas, acumular reservas, comprar activos financieros–, el nuevo gasto puede simplemente fortalecer los balances de situación privados en lugar de estimular la demanda.

Esto ayuda a explicar por qué en Japón después de 1991 o en Estados Unidos después de 2008 los estímulos públicos a gran escala no lograron generar una recuperación completa. El gasto público se absorbió en ahorros y especulación, además de utilizarse para comprar importaciones, lo que neutralizó sus efectos expansivos[88]. Cuando los estímulos se destinan a ajustes contables en lugar de ser dedicados a actividades productivas, el crecimiento sigue siendo lento y persiste la infrautilización de los recursos. Mientras tanto, la distribución desigual de los efectos del estímulo puede agravar la desigualdad: las empresas con poder de fijación de precios suben los precios y distribuyen sus beneficios entre los

---

by Lord Keynes on the Report of the Steering Committee», 14 de febrero de 1944, *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, cit., vol. 27, p. 371.

[87] Una de las afirmaciones centrales de la Teoría Monetaria Moderna es que los gobiernos no experimentan las mismas constricciones financieras que los hogares o las empresas. Véase Randall Wray, *Understanding Modern Money: The Key to Full Employment and Price Stability*, Cheltenham, 1998; Stephanie Kelton, *The Deficit Myth: Modern Monetary Theory and the Birth of the People's Economy*, Nueva York, 2020; ed. cast.: *El mito del déficit: la teoría monetaria moderna y el nacimiento de la economía de la gente*, Barcelona, 2021.

[88] Richard Koo, *The Holy Grail of Macroeconomics: Lessons from Japan's Great Recession*, Singapur, 2003; Gauti Eggertsson y Paul Krugman, «Debt, Deleveraging and the Liquidity Trap: A Fisher-Minsky-Koo Approach», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 127, núm. 3, 2012. Véase también A. Shaikh, *Capitalism: Competition, Conflict, Crises*, cit.

accionistas, mientras que la inflación erosiona los ingresos reales de los hogares con salarios bajos, como ocurrió en Estados Unidos tras el estímulo de 7 billones de dólares de 2020-2021 implementado en respuesta a la pandemia de la COVID-19[89]. Esta tensión entre la lógica de los «recursos reales» del sistema de financiación funcional y la lógica financiera de los actores privados ayuda a explicar por qué las economías capitalistas, incluso cuando se estimulan de forma agresiva, a menudo tienen dificultades para alcanzar la plena utilización de los factores, lo cual sugiere también una razón de peso para privilegiar la inversión pública directa sobre otras formas de estímulo, ya que esta moviliza directamente los recursos ociosos y limita las fugas hacia la acumulación financiera.

Más allá de estas fricciones macrofinancieras se esconde un problema político más profundo. Incluso cuando existen las condiciones técnicas para aplicar medidas de estímulo, su despliegue a una escala adecuada tanto para generar y mantener la estabilidad como para fomentar el dinamismo económico depende de la voluntad del Estado de enfrentarse al arraigado poder estructural del capital. Los gobiernos deben estar preparados para enfrentarse sin miedo a los mercados de bonos, obligar a los bancos centrales a monetizar la deuda, imponer controles de capital para evitar la fuga de capitales y gestionar el comercio para reducir las constricciones fiscales. Más fundamentalmente, si se va a utilizar el sistema de financiación funcional para reestructurar la economía en torno a fines sociales y ecológicos, los Estados deben estar dispuestos a aumentar la inversión pública y, al mismo tiempo, a establecer un control sobre las decisiones de inversión privada, lo cual causará malestar entre los inversores poderosos y dará lugar a intentos de sabotaje económico. El sistema de financiación funcional puede describir cómo opera el sistema en teoría, pero en la práctica solo se ha adoptado en momentos de crisis sistémica, cuando se considera que salva al capitalismo en lugar de desafiarlo[90].

---

[89] Isabella Weber y Evan Wasner, «Sellers' Inflation, Profits and Conflict: Why Can Large Firms Hike Prices in an Emergency?», *Review of Keynesian Economics*, vol. 11, núm. 2, 2023. Sobre las consecuencias distributivas desiguales del keynesianismo, véase Andrew Glyn, «Social Democracy and Full Employment», *NLR* I/211, mayo-junio de 1995.

[90] Esto refleja la interpretación de Geoff Mann del keynesianismo como un proyecto político destinado a salvar al capitalismo de sí mismo, no a trascenderlo: *In the Long Run We Are All Dead: Keynesianism, Political Economy and Revolution*, Londres y Nueva York, 2017. Véase también Jamie Merchant, *Endgame: Economic Nationalism and Global Decline*, Londres, 2024, donde se argumenta que las finanzas funciona-

II. EL CONSEJO NACIONAL DE INVERSIONES

Aunque Keynes subestimó la oposición política que encontraría su programa, lo que nos interesa es que concibió cómo podría aplicarse. Su confianza en la profunda reestructuración que proponía se basaba en su diagnóstico de la tendencia crónica al estancamiento de las economías capitalistas maduras: a medida que los mercados se saturan y el ritmo de la innovación tecnológica se ralentiza, la rentabilidad y las tasas de inversión disminuyen, dejando los recursos productivos persistentemente infrautilizados. En esta situación, las palancas tradicionales de la política macroeconómica –reducción de los tipos de interés, desgravaciones tributarias o estímulos fiscales periódicos– ya no bastarían para reactivar la inversión privada. En su lugar, era necesaria una transformación estructural: la inversión pública tendría que asumir el papel coordinador que antes desempeñaba el capital privado. Keynes creía que las tensiones sociales y políticas generadas por el estancamiento prolongado acabarían obligando a la sociedad a buscar nuevas bases para la estabilidad y la prosperidad mediante la socialización de la inversión.

El mecanismo institucional que Keynes propuso para ello fue el Consejo Nacional de Inversiones, cuya primera versión fue propuesta en 1928, siendo objeto de una continua reelaboración durante las décadas de 1930 y 1940[91]. Concebido como una autoridad pública encargada de dirigir el desarrollo económico a largo plazo, la misión principal del Consejo sería mantener el pleno empleo mediante una inversión pública sostenida. Aunque rendiría cuentas al Parlamento, el Consejo estaría integrado por expertos técnicos dotados de autoridad independiente para aprobar o denegar grandes proyectos de inversión privada[92]. Fundamentalmente,

---

les se entienden mejor como una estrategia para estabilizar el capitalismo, no como un desafío a su estructura subyacente.

[91] Keynes propuso inicialmente la idea de un Consejo Nacional de Inversiones a la Comisión Liberal de Investigación Industrial en *Britain's Industrial Future*, Londres, 1928; véase J. Crotty, *Keynes against Capitalism: His Economic Case for Liberal Socialism*, cit., cap. 8. Para una versión contemporánea de un acuerdo institucional similar, véase Saule Omarova *et al.*, «The National Investment Authority: An Institutional Blueprint», Berggruen Institute, 2022.

[92] En opinión de Crotty, Keynes «creía que las instituciones que diseñarán y aplicarán los detalles de la planificación económica deben estar libres de interferencias políticas en sus operaciones cotidianas. Estas deben ser competencia exclusiva de expertos y técnicos. Pero los objetivos generales y las prioridades relativas de la planificación deben estar bajo control político democrático, competencia exclusiva de las autoridades elegidas»: J. Crotty, *Keynes against capitalism: His Economic Case for Liberal Socialism*, cit., cap. 8. Aunque Crotty utiliza indistintamente los términos «socialismo

sus decisiones se guiarían por la disponibilidad de recursos reales –mano de obra, capacidad productiva, recursos naturales– y no por limitaciones financieras. Liberado de la obligación de generar beneficios financieros, el Consejo podría perseguir la plena utilización de los recursos como un objetivo en sí mismo. Con el tiempo, al otorgar prioridad de forma sistemática a estos objetivos colectivos más amplios, el Consejo Nacional de Inversiones sustituiría gradualmente a la acumulación privada como motor central de la actividad económica. A medida que se pusieran en marcha uno tras otro los proyectos de inversión pública, la economía, como un coche parado, daría un salto adelante y luego cobraría impulso. En ese momento, la maquinaria económica volvería a ponerse en marcha; la única pregunta que quedaría por responder sería la dirección que debía tomar.

Para Keynes, la respuesta a esta pregunta parecía clara. No creía que el capitalismo, ni siquiera en su forma madura, hubiera satisfecho las necesidades de la totalidad de la población. Por el contrario, dado que la inversión privada se guiaba estrictamente por la búsqueda de beneficios económicos, solo se construían viviendas y fábricas y se producían bienes y servicios de consumo, cuando ello prometía una ganancia adecuada, lo cual satisfacía muchas necesidades materiales, pero dejaba sin satisfacer otras innumerables, especialmente en áreas donde la rentabilidad era incierta o baja. Más preocupante aún era que la lógica de la inversión privada ignorara sistemáticamente categorías enteras de necesidades que no podían valorarse fácilmente: la calidad estética, la profundidad cultural, el bienestar emocional, la conexión social, es decir, los fundamentos para vivir «con sabiduría, agradablemente y bien». Keynes argumentaba que la inversión pública podría remodelar la economía en torno a una concepción más rica de lo bueno. Se preguntaba por qué, en una sociedad avanzada, no deberíamos «añadir a cada ciudad importante del reino la dignidad de una antigua universidad o de una capital europea»:

> Mejorar nuestras escuelas locales y sus alrededores, nuestro gobierno local y sus oficinas y, quizá, sobre todo, proporcionar un centro local de ocio y entretenimiento, dotado de un amplio teatro, una sala de conciertos, un salón de baile, una galería, un restaurante británico, comedores, cafeterías, etcétera[93].

---

liberal» y «socialismo democrático», lo que Keynes defiende aquí se ajusta mucho más a un modelo tecnocrático liberal que a un control genuinamente democrático.

[93] J. M. Keynes, «How Much Does Finance Matter?», *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 27, cit., p. 270. La concepción de Keynes sobre la Nueva

Esto era lo que significaba para Keynes construir una «Nueva Jerusalén». Estimaba que se tardaría unas pocas décadas en llegar a ella.

Estas ideas fueron desarrolladas por William Beveridge en dos informes de guerra para el gobierno británico: *Social Insurance and Allied Service* (1942) y *Full Employment in a Free Society* (1944), escritos con la ayuda del economista político Nicholas Kaldor. El informe de 1944 esbozaba un programa integral para erradicar lo que Beveridge denominaba los «cinco grandes males»: la ignorancia, la miseria, la enfermedad, la pobreza y la desocupación. El eje central de su proyecto era un compromiso sostenido con la inversión pública a gran escala, dirigida por un Consejo Nacional de Inversiones. De hecho, Beveridge preveía que solo el 25 por 100 de la inversión nacional total permanecería en el sector industrial privado, e incluso esta parte estaría bajo el «control directo» del Consejo, ya que este último tendría «la facultad de detener o reducir por mandato legal un determinado plan de inversión privada». Este modelo se ajusta en gran medida a las propuestas elaboradas por Keynes en sus cartas durante la guerra, aunque ahora dotadas de un planteamiento político más explícito.

Esta priorización de la inversión pública garantizaría que no se tratara simplemente de «un mecanismo para llenar el vacío y suplir la falta de inversión privada», un modelo que el propio Keynes había descartado por considerarlo torpe e ineficaz. Por el contrario, la inversión pública se movilizaría de forma deliberada y directa por sí misma. Al aprovechar los recursos de la sociedad para proporcionar lo que hoy se denominarían servicios básicos universales, Beveridge trató de conseguir un amplio apoyo popular para la transición de una acumulación impulsada por los beneficios a una economía impulsada por la inversión pública. Cada uno de sus cuatro primeros males se abordaría directamente mediante inversiones específicas –educación universal, vivienda pública masiva, sanidad universal y seguridad de los ingresos a través de un Estado del bienestar ampliado– a una escala lo suficientemente grande como para eliminar el

---

Jerusalén, aunque moralmente expansiva, también seguía siendo muy tecnocrática. Asumía que el contenido de una buena vida –refinamiento, oportunidades culturales, belleza urbana– sería evidente en una sociedad libre de las presiones de la acumulación. Lo que falta es cualquier sensación de que puedan persistir concepciones contrapuestas del futuro o de que las concesiones entre los objetivos sociales requerirían una negociación política. Su optimismo parece basarse en una creencia muy extendida entre los economistas neoclásicos de que la abundancia material haría irrelevantes todos esos conflictos.

quinto mal, la desocupación, manteniendo el pleno empleo permanente[94]. Un efecto secundario positivo de la consecución de estos objetivos sería la estabilización de la economía y el fin efectivo de las recesiones.

Beveridge y Kaldor concibieron esta transformación como un proceso en tres fases. En la fase inicial de «transición», que se desarrollaría entre 1945 y 1947, la economía pasaría de las medidas de guerra a la paz. Durante la segunda fase, la «reconstrucción», la inversión pública se ampliaría drásticamente para construir la infraestructura física y social necesaria para una sociedad próspera y la elevada inversión continuaría hasta que se satisficieran plenamente las necesidades de la sociedad. Beveridge y Kaldor sugirieron que esta fase duraría veinte años, lo que significaba que a partir de 1968 (¡!) la economía comenzaría a entrar en su tercera y última fase en la que los niveles de inversión disminuirían gradualmente y el planteamiento se centraría en la expansión del consumo. Los altos impuestos sobre la renta garantizarían que los derechos de consumo se repartieran ampliamente entre la población. Las horas de trabajo también se reducirían sistemáticamente, lo que permitiría a las personas disponer de más tiempo para el ocio y las actividades culturales[95].

En este punto, el resultado parecería asemejarse a la concepción socialista de una sociedad poscapitalista en la que se garantiza la seguridad material, abunda el tiempo libre y se ha eliminado la motivación por el lucro. Pero el camino hacia ese mundo es diferente. En lugar de socializar toda la producción, el proyecto de Keynes, Beveridge y Kaldor solo requería la socialización de la inversión. El intercambio de mercado persistiría, pero tendría lugar en una economía en la que tanto los tipos de interés como las tasas de beneficio se habían reducido a cero. Las empresas también seguirían existiendo, pero ya no generarían beneficios; los únicos ingresos disponibles serían los ingresos producto del trabajo, que

---

[94] William Beveridge, *Full Employment in a Free Society*, Londres, 1944, pp. 177-178 [ed. cast.: *Pleno empleo en una sociedad libre. Informe Beveridge II*, Madrid, 1989]. Beveridge (1879-1963), un joven fabiano, fue contratado como funcionario público en la Junta de Comercio (1908-1919), ocupó el cargo de director de la London School of Economics (1919-1938), volvió al servicio del gobierno como asesor en tiempos de guerra y luego entró en el Parlamento como diputado liberal.

[95] *Ibid.*, pp. 152-159. Beveridge siguió el plan de posguerra en tres fases diseñado por Keynes, «The Long-Term Problem of Full Employment», *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 27, pp. 320-325. La principal diferencia es que Beveridge se abstiene de discutir el tercer período, la «edad de oro» de Keynes, en términos de la reducción de la tasa de beneficio a cero.

pagarían los salarios de directivos y trabajadores en lugar de generar rendimientos para los inversores.

En este sentido, Keynes y Beveridge eran menos radicales que Mill, quien sostenía que, en el momento en que los beneficios dejaran de motivar la inversión, todas las empresas pasarían a ser autogestionadas por los trabajadores. Aunque Beveridge hacía hincapié en la persistencia de las libertades liberales, incluidas la libertad de expresión, de asociación, de elección profesional y de intercambio en el mercado, señalaba que la lista de libertades esenciales «no incluye la libertad de un ciudadano particular para poseer medios de producción y emplear a otros ciudadanos para que los manejen a cambio de un salario»[96]. Según la definición de Keynes, esto seguiría siendo capitalismo, ya que en su opinión el capitalismo era cualquier sistema estructurado en torno a incentivos monetarios, pero los capitalistas dejarían de existir[97]. El Estado, al asumir la responsabilidad de la función de inversión, seguiría asignando los recursos en función de objetivos no monetarios.

12. DEFECTOS ESTRUCTURALES

El proyecto de transformación social esbozado por los keynesianos era audaz, pero sus fundamentos políticos eran débiles, lo cual contribuye a explicar por qué el programa nunca se implementó realmente después de la Segunda Guerra Mundial. Los keynesianos radicales no tuvieron en cuenta las fuerzas sociales dominantes, cuyos intereses pondrían en peligro su programa, ni el apoyo de la clase trabajadora que el mismo podría atraer. Pensaban que las políticas de inversión y empleo podrían ser diseñadas por expertos como ellos mismos como respuestas técnicas neutrales al problema de la coordinación económica. A diferencia de los marxistas, que entendían la economía capitalista como un lugar de conflicto político entre el capital y el trabajo, los primeros keynesianos trataban los salarios como si estuvieran fijados por la productividad marginal y consideraban la inversión como un insumo técnico y no como un lugar de disputa estratégica. Desde esta perspectiva, lograr la plena utilización de los recursos no se comprendía como un cambio en las relaciones de poder, sino como un bien universal. Al no reconocer la

---

[96] W. Beveridge, *Full Employment in a Free Society*, cit., pp. 21-23.
[97] J. Crotty, *Keynes against Capitalism: His Economic Case for Liberal Socialism*, cit., pp. 78-82.

naturaleza de clase de la economía que pretendían reformar, los keynesianos no comprendieron ni la resistencia que provocaría su programa ni la base de apoyo que necesitaría para tener éxito.

En ningún lugar queda esto más claro que en sus debates sobre el pleno empleo. El programa de Keynes tenía como objetivo mantener niveles elevados de inversión de forma permanente para evitar el desempleo masivo. Pero el desempleo no es solo un subproducto de los ciclos económicos, sino un mecanismo de disciplina de clase. Cuando los mercados laborales se tensan, los salarios aumentan. Los capitalistas pueden tolerar esto siempre y cuando la productividad siga el ritmo. Pero, según el programa de Keynes, la inversión pública iría más allá de ese punto, eliminando la capacidad de los capitalistas para reducir la demanda de mano de obra. Recordemos la sugerencia de Keynes de que, al seguir invirtiendo mucho más allá del punto en el que normalmente se desencadenaría una recesión, la sociedad podría lograr la «eutanasia del rentista» en el transcurso de tan solo unas pocas décadas. Como señaló Michał Kalecki, los capitalistas no se irían sin protestar. Se resistirían a incorporarse a un sistema económico que ya no controlarían y se opondrían, con todo su considerable poder, a cualquier institución que amenazara su capacidad de provocar una recesión mediante la desinversión. Precisamente por esa razón, el Consejo Nacional de Inversiones se convertiría en un objetivo central[98].

Pero el problema no era solo la resistencia capitalista. Los trabajadores también verían el pleno empleo como un punto de partida desde el que ejercer presión para conseguir más reivindicaciones. Una mayor seguridad laboral les daría la confianza necesaria para exigir salarios más altos y cambios en la organización de la producción. En lugar de organizar a los trabajadores como una fuerza política capaz de defender y configurar la inversión pública, los keynesianos intentaron contenerlos. Beveridge, por ejemplo, argumentó que los sindicatos tendrían que disciplinar a sus miembros para que el pleno empleo fuera compatible con la estabilidad económica[99]. Pero al tratar de limitar el papel de los trabajadores, los

---

[98] M. Kalecki, «Political Aspects of Full Employment», cit. Beveridge tomó nota de esta objeción. En su opinión, se podría argumentar que «una política estatal de pleno empleo siempre estará expuesta al sabotaje de los capitalistas, que desean crear dificultades al Estado» y que «la acumulación de riqueza» entre los ricos, como resultado de estas mismas políticas, podría «utilizarse para manipular la maquinaria política», W. Beveridge, *Full Employment in a Free Society*, cit., p. 206.
[99] W. Beveridge, *Full Employment in a Free Society*, cit., pp. 198-201. Gösta Rehn y Rudolf Meidner argumentaron, en contra de Beveridge, que los sindicatos deberían

keynesianos desmovilizarían precisamente a la clase cuyo apoyo necesitaban. En lugar de construir una base política, trataron de gestionarla para neutralizarla.

El compromiso keynesiano con la «neutralidad» política se extendió a su modelo de inversión pública. Asumieron que el Estado dirigiría el desarrollo económico hacia objetivos socialmente beneficiosos sin alterar fundamentalmente el funcionamiento de las empresas o el comportamiento de los trabajadores. A diferencia de los socialistas protagonistas de la línea que corre de Moro a Marx, quienes imaginaban un mundo en el que todos actuarían en interés de todos, los keynesianos asignaron la tarea de actuar en pro del interés general tan solo al Estado, dejando que todos los demás actores persiguieran recompensas monetarias. Incluso en el límite de la inversión total, cuando los beneficios y los tipos de interés han caído a cero, las empresas seguirían siendo organizaciones que dan prioridad a la eficiencia, porque los trabajadores y los directivos seguirían estando motivados por incentivos financieros basados en el rendimiento. Este marco imponía una carga imposible al Estado. Suponía que una sola institución podría corregir los fallos de una economía que seguía estructurada en torno a la búsqueda de ganancias financieras en lugar de transformar esas estructuras para que las empresas y los trabajadores se convirtieran en actores multicriterio por derecho propio.

Esto conduce al primer fallo estructural del programa: la centralización excesiva. Al igual que todos los modelos de planificación centralizada, el keynesianismo se enfrenta al clásico problema del conocimiento: el Estado carece del conocimiento local específico necesario del sector correspondiente para tomar decisiones de inversión eficaces a escala de toda la economía. Los keynesianos suelen intentar compensar esto invocando la «capacidad del Estado», es decir, confiando en expertos, modelos y planificación a largo plazo[100]. Pero gran parte del conocimiento relevante está integrado en las prácticas vividas de las empresas

---

aceptar la presión salarial que conlleva el pleno empleo, coordinando las demandas salariales al alza en toda la economía. Las empresas incapaces de mantener una productividad suficiente desaparecerían, lo que permitiría a la economía desviar recursos hacia sectores más dinámicos. Véase Erik Bengtsson, «The Origins of the Swedish Wage Bargaining Model», *International Labour and Working-Class History*, vol. 103, primavera de 2023.

[100] Véase, por ejemplo, Mariana Mazzucato, *The Entrepreneurial State*, Londres, 2013 [ed. cast.: *El Estado emprendedor: la oposición público-privado y sus mitos*, Barcelona, 2022]; *Mission Economy*, Londres, 2021 [ed. cast.: *Misión economía: una carrera espacial para cambiar el capitalismo*, Barcelona, 2021]. Véase también Dani Rodrik *et al.*, «The New Economics of Industrial Policy», *Annual Review of Economics*, vol. 16, 2024.

y los sectores y este no puede ser captado ni transmitido en su totalidad a una autoridad central. Incluso con los mejores expertos, un consejo de inversión centralizado tendría dificultades para asignar los recursos de manera eficaz a escala del conjunto de la economía[101].

El segundo fallo estructural del modelo fue la premisa de que el Estado podía superar el problema de la incertidumbre mediante la escala y la coordinación. Keynes consideraba acertadamente que la incertidumbre era un problema central del capitalismo: la inversión privada se ralentiza, cuando el futuro es incierto. Pensaba que el Estado podría llenar ese vacío, invirtiendo con audacia donde las empresas privadas dudaban, suavizando el riesgo y creando las condiciones para la estabilidad. Pero actuar a pesar de la incertidumbre no resuelve el problema de la incertidumbre. Los proyectos a gran escala requieren largos plazos de ejecución e, incluso con buena información, los planificadores cometen errores. Como señaló Schumpeter en *Capitalismo, socialismo y democracia*, los planificadores pueden apostar por la tecnología equivocada, construir en los lugares equivocados o interpretar mal la demanda a largo plazo[102]. Keynes pensaba que, dado que el Estado no se enfrenta a restricciones derivadas de la obtención de beneficios, podría absorber estos errores con el tiempo. Pero sin mecanismos claros de retroalimentación o revisión, los errores pueden acumularse. Los planificadores pueden redoblar sus esfuerzos en proyectos fallidos en lugar de cambiar de rumbo, como hicieron los planificadores en el bloque soviético, lo cual socavó la legitimidad de la inversión pública y mermó la confianza en las instituciones que la dirigen.

El tercer fallo estructural fue la consideración de la inversión por parte de Keynes como un proceso técnico y no como un proceso políticamente debatible. Al igual que Mill antes que él, Keynes era un pensador

---

[101] Esto refleja un problema estructural más profundo en los marcos contemporáneos basados en la idea de misión. Pensadores como Mariana Mazzucato enfatizan el papel de la inversión pública en la configuración de la innovación y la orientación de los mercados hacia objetivos sociales a largo plazo, pero dejan intacta la estructura de la producción privada, asumiendo que las empresas seguirán respondiendo a la rentabilidad, incluso cuando el Estado persiga valores más amplios. Esto es lo contrario del viejo adagio de Galbraith: no «opulencia privada y miseria pública», sino «fin público y miopía privada». Véase John Kenneth Galbraith, *The Affluent Society*, Boston. 1998 [1958], p. 203; ed. cast.: *La sociedad opulenta*, Barcelona, 2012.
[102] J. A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, cit., p. 97. Schumpeter también señala que, en una sociedad socialista, «habrá mucho por lo que luchar», p. 213.

multicriterio que reconocía que la vida económica debía guiarse por valores más allá del beneficio, pero asumió que estos podían simplemente añadirse al cálculo del planificador sin tener en cuenta los conflictos que la incorporación de esos objetivos necesariamente genera. La búsqueda de la sostenibilidad ecológica puede tener un coste en términos del nivel de vida o de la producción de alimentos; dar prioridad a los cuidados puede reducir las ganancias en eficiencia. Todas las decisiones de inversión requieren relaciones de sustitución recíprocas y estas no son una mera cuestión técnica. Son juicios políticos sobre el tipo de sociedad que queremos construir. Keynes asumió que estas cuestiones podrían resolverse mediante la aplicación de conocimientos técnicos. Pero la historia demuestra que la planificación experta, incluso cargada de buenas intenciones, puede producir resultados profundamente injustos, cuando se antepone a la participación democrática. El verdadero reto es democratizar el procedimiento mediante el cual se establecen los objetivos, se negocian las concesiones recíprocas y se eligen los futuros.

El marco keynesiano permitía que el Parlamento debatiera y estableciera las prioridades de inversión y nombrara también a los responsables del consejo de inversión, pero el papel de la ciudadanía se limitaba a elegir a los representantes parlamentarios que, en el mejor de los casos, podían ajustar las directrices dadas a los planificadores tecnocráticos. No existía ningún mecanismo institucional mediante el cual los trabajadores, las comunidades o los movimientos sociales pudieran influir en la forma en que se definían y se orientaban los bienes públicos, ni cuestionar las concesiones implícitas en las decisiones de inversión del Estado. Durante un tiempo, esta omisión pudo ocultarse gracias a los beneficios económicos, pero a medida que las demandas se intensificaron y las implicaciones políticas de la inversión se hicieron más visibles, la legitimidad de un sistema desprovisto de voz comenzó a erosionarse. Esta contradicción se puso de manifiesto incluso bajo la limitada keynesización de Gran Bretaña acometida durante el periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial.

Aunque el gobierno de Attlee implementó algunos aspectos del Estado del bienestar (seguridad social y servicio nacional de salud), los keynesianos nunca lograron utilizar la inversión pública para transformar el desarrollo económico a largo plazo. Sin embargo, tanto aquí como en otros lugares, consiguieron que los Estados adoptaran políticas destinadas a alcanzar un alto nivel de empleo. Durante un tiempo, este

compromiso keynesiano funcionó: el empleo se mantuvo alto, los salarios aumentaron y el nivel de vida mejoró. Los sindicatos moderaron las reivindicaciones de los trabajadores, manteniendo la estabilidad en lugar de impulsar un cambio sistémico. Sin embargo, el desajuste entre el creciente poder de los trabajadores y su incapacidad para utilizarlo acabó provocando desilusión y desvinculación. A finales de la década de 1960, las grietas de este acuerdo se hicieron imposibles de ignorar. Los trabajadores, los estudiantes y los grupos marginados exigían no solo mejores condiciones de vida, sino también una mayor participación en el funcionamiento de la sociedad. Esta explosión de demandas desbordó los sistemas tecnocráticos de gestión de la época. El resultado fue un periodo de intensificación de la lucha de clases a lo largo de las décadas de 1970 y 1980 durante el cual el gobierno de Thatcher encabezó los intereses de la clase capitalista y obtuvo una serie de victorias de gran alcance.

Sin embargo, el descubrimiento de Keynes fue de gran importancia para los defensores de un orden poscapitalista. El Estado moderno ya invierte por razones no pecuniarias. Sus proyectos no necesitan generar beneficios. Se llevan a cabo con un fin público: proporcionar vivienda, educación, asistencia sanitaria, etcétera, por la pura decisión racional de hacerlo. Son un ejemplo de una lógica de inversión totalmente diferente en la que la asignación de recursos se guía por prioridades sociales en lugar de por el rendimiento financiero. Al enfrentarse al desempleo crónico del periodo de entreguerras, la idea de Keynes de que el pleno empleo podía ser una de esas prioridades fue el impulso original detrás de su llamamiento a la socialización de la inversión. Una vez que vio que la inversión pública podía convertirse en la fuerza coordinadora de la economía, su papel se amplió drásticamente en su pensamiento: no solo era una herramienta estabilizadora, sino un vehículo para la transformación social. Al romper los vínculos entre la inversión y la rentabilidad futura, por un lado, y el ahorro previo, por otro, Keynes sugirió una poderosa herramienta institucional para una economía poscapitalista: una función de inversión pública potencialmente multicriterio[103].

---

[103] La transformación social de la inversión también sería fundamental en dos modelos de economía socialista desarrollados en las décadas de 1980 y 1990: Pat Devine, *Democracy and Economic Planning: The Political Economy of a Self-governing Society* (1988) y David Schweickart, *Against Capitalism* (1993). Devine es quien más se acerca a tratar la inversión como un procedimiento político, aunque, como se ha comentado anteriormente, dentro de un marco de coordinación negociada en el que las empresas y las comunidades proponen y revisan los planes de inversión a través de mecanismos participativos. Para Devine, la inversión se enmarca

13. LECCIONES PARA UN FUTURO MULTICRITERIO

¿Qué conclusiones pueden extraerse de esta larga historia? En primer lugar, la lucha por un orden económico regido por valores más amplios que la mera búsqueda del beneficio, tan incansablemente imaginado una y otra vez desde Moro hasta Cabet y Morris, solo puede tener éxito si se comprende toda la complejidad de las sociedades capitalistas contemporáneas. El Marx maduro se dedicó a ese problema, pero, segunda lección, no prestó suficiente atención a los problemas de la transición poscapitalista, especialmente en lo que respecta a la inversión. Luchando con estos problemas, en condiciones de aislamiento, atraso y amenaza externa permanente, los planificadores soviéticos inventaron el modelo de economía planificada del desarrollo industrial moderno, cuyos extraordinarios avances en la capacidad productiva tuvieron como precio, tercera lección, la negación de las variaciones locales, del conocimiento de base y de la importancia de la flexibilidad y de la autonomía en la actividad cotidiana, donde el mercado podría desempeñar el papel de servidor, no de amo.

En cuarto lugar, tal y como comprendió Neurath, el plan centralizado bajo una estructura partidista jerárquica nunca podría satisfacer adecuadamente «el deseo de coexistencia de diferentes formas de vida y organización». Eso requeriría una adjudicación democrática y, por lo tanto, también, quinta lección, nuevas formas de educación económica, que Neurath intentó con su proyecto ISOTYPE y su trabajo en el Museo de la Sociedad y la Economía en la Viena Roja. En sexto lugar, como entendió Keynes, la inversión socializada requiere una arquitectura institucional, si se quiere remodelar la producción económica para

---

como un lugar de convergencia deliberativa más que de controversia política. En el modelo de Schweickart, la inversión se socializa y, en el ámbito público, se politiza en cierta medida. Sobre el contexto histórico, véase Neil Warner, *Towards 'No Alternative': The Rejection of Proposals for the Socialization of Investment in the United Kingdom, France and Sweden, 1972-1991* (tesis doctoral, LSE 2024). Para una versión ecosocialista actualizada de este modelo, véase Pat Devine y Fikret Adaman, «Democracy, Participation and Social Planning», en Clive Spash (ed.), *Routledge Handbook of Ecological Economics*, Londres, 2017. Otros autores han desarrollado marcos que se basan en las ideas de Devine y Adaman sobre la inversión socialista, pero discuten su forma de integrar las operaciones cotidianas de las empresas: véase la parte 3 de David Laibman, *Deep History: A Study in Social Evolution and Human Potential*, Nueva York, 2007; D. Saros, *Information Technology and Socialist Construction*, cit.; Aaron Benanav, «Socialist Investment, Dynamic Planning and the Politics of Human Need», *Rethinking Marxism*, vol. 34, núm. 2, 2022.

satisfacer estas múltiples necesidades. Pero, séptima lección, esa arquitectura debe ser mucho más legible, receptiva y descentralizada que la concebida e implementada durante la época de Beveridge de la mano de Consejo Nacional de Inversión y basarse en una matriz computacional-comunicativa de datos digitales a una escala que ni siquiera Neurath podría haber imaginado. Por último, tendrá que apoyar una reconfiguración radical de las relaciones productivas a escala empresarial y una reinvención del carácter del dinero en sí mismo capaz de separar sus funciones de inversión, intercambio y consumo.

Para construir un sistema así, primero debemos aclarar la lógica en la que este se basa: la teoría de los valores que puede servir de fundamento para un socialismo del siglo XXI. En el capitalismo, como hemos visto, las empresas operan bajo un régimen de optimización de criterio único: están estructuradas para maximizar los beneficios. Todas las posibilidades de producción a las que se enfrentan pueden ordenarse en esa escala única. Dos inversiones que producen la misma tasa de rendimiento ajustada al riesgo son, dentro de este marco, exactamente equivalentes en valor, independientemente de sus consecuencias sociales, ecológicas o morales. Esta lógica simplifica radicalmente la toma de decisiones. El beneficio se convierte en la medida predominante del valor; cualquier otra consideración se trata como un medio para alcanzar ese fin o como una restricción que hay que gestionar. Esta estructura permite funcionar al capitalismo con una coherencia clara e impersonal. En los sistemas socialistas estatales, el objetivo pasó de ser el beneficio para optar por el crecimiento de la producción física, pero el modelo siguió siendo un modelo de optimización restringida. Los planificadores pretendían maximizar la producción total a partir de los insumos disponibles, midiendo el éxito en toneladas de carbón o kilovatios-hora de electricidad. Al igual que en el capitalismo, cada decisión se evaluaba en función de su contribución al cumplimiento de este objetivo singular. Otros objetivos, como el equilibrio ecológico o la calidad del trabajo, así como las personas que trabajaban por conseguirlos, a menudo eran dejados de lado. En ambos sistemas, la coordinación económica se construyó no para navegar entre valores contrapuestos, sino para maximizar uno solo.

Un planteamiento multicriterio exige un cambio fundamental en la forma en que se toman las decisiones económicas. No es una cuestión de ideología o psicología, sino de lógica. Un sistema organizado en torno a múltiples fines trataría objetivos como la seguridad económica, la

sostenibilidad, la autonomía, la belleza y la conexión social no como limitaciones o instrumentos, sino como valores intrínsecos. Estos objetivos son inconmensurables: no pueden medirse en términos de una unidad común. Tampoco son compensatorios: las ganancias en un ámbito no pueden compensar totalmente las pérdidas sufridas en otro. Una sociedad mejor perseguiría cada uno de estos objetivos directamente, liberando una vasta reserva de conocimientos prácticos que actualmente están encerrados en las empresas y orientados hacia la rentabilidad[104]. Los trabajadores y los ingenieros, liberados de las exigencias del rendimiento financiero, podrían rediseñar los procesos de producción para apoyar la regeneración ecológica a largo plazo, mejorar la calidad y el significado del trabajo y desarrollar infraestructuras que sostengan el cuidado y la conexión social. La coordinación ya no significaría maximizar un valor a expensas de otros, sino aprender a avanzar en muchos objetivos, sociales y ecológicos en paralelo.

Sin embargo, la búsqueda de múltiples objetivos no elimina el problema de que nuestros recursos sean limitados. Incluso con una enorme capacidad productiva, operamos dentro de una base de recursos finita. Por lo tanto, las concesiones recíprocas son inevitables. Algunos valores deben sacrificarse parcialmente para apoyar a otros y, dado que las pérdidas no son totalmente compensables, no existe una solución óptima en el sentido habitual del término. Por el contrario, la toma de decisiones debe entenderse como un proceso de composición: seleccionar formas particulares de integrar múltiples objetivos en las que cada composición refleje una forma diferente de manejar las concesiones recíprocas inevitables entre objetivos intrínsecamente valiosos. Mi contribución consiste en tratar la resolución de este problema de composición como la tarea central de la coordinación económica. A diferencia de los sistemas que otorgan prioridad a un único objetivo y asumen que el resto se dará por añadidura, una economía multicriterio persigue múltiples objetivos de forma directa, de manera que es necesario elegir entre futuros que están limitados y, en muchos casos, son mutuamente excluyentes.

---

[104] Sobre las empresas como organizaciones que coordinan conocimientos complejos a través de rutinas y conocimientos técnicos acumulados, véase Herbert Simon, *Administrative Behaviour*, Nueva York, 1947 [ed. cast.: *El comportamiento administrativo*, Buenos Aires, 2011]; Edith Penrose, *The Theory of the Growth of the Firm*, Oxford, 1959; Richard Nelson y Sidney Winter, *An Evolutionary Theory of Economic Change*, Cambridge (MA), 1982; y Giovanni Dosi, «Sources, Procedures and Microeconomic Effects of Innovation», *Journal of Economic Literature*, vol. 26, núm. 3, septiembre de 1988.

Una sociedad construida en torno a ciudades densas e infraestructuras compartidas es muy diferente de otra construida en torno a ecoaldeas descentralizadas. Una economía organizada en torno a la automatización generalizada y el trabajo mínimo conduce a un tipo de vida diferente al de una construida en torno a la habilidad, la artesanía y la participación humana en la producción. No se trata simplemente de variaciones en el énfasis, sino de formas distintas de componer nuestros objetivos en un todo viable. En un mundo de constricciones e incompatibilidades, no podemos perseguir todos los valores a la vez ni en su forma más plena. Podemos perseguirlos, sin embargo, mediante determinados acuerdos a tenor de los cuales cada objetivo se mantiene presente en una situación de equilibrio específico en relación con los demás.

Esta estructura puede formalizarse como un problema de optimización multicriterio, pero de un tipo particular. Como vimos en nuestra discusión de la intervención de Neurath en los debates sobre planificación, no debemos partir de clasificaciones de valores fijas, sino del reconocimiento de la incertidumbre de estos: nos importan muchas cosas y su importancia relativa es indeterminada para nosotros, como individuos y como sociedades. La incertidumbre de los valores se complica aún más por la incertidumbre fáctica. Raramente sabemos de antemano qué efectos se derivarán de determinadas decisiones o qué consecuencias no deseadas pueden surgir con el tiempo. Aun así, incluso sin preferencias clasificadas o funciones ponderadas, pueden descartarse muchas formas posibles de organizar la actividad económica, porque son claramente peores en todas las dimensiones. Estas son las opciones conocidas como «dominadas». Lo que queda es un conjunto no dominado: un campo de alternativas, cada una de las cuales representa una forma diferente de equilibrar objetivos plurales y no compensatorios[105]. Ninguna función objetivo única puede clasificarlas: se pueden comparar, pero no se pueden medir.

---

[105] Véase Ralph Keeney y Howard Raiffa, *Decisions with Multiple Objectives*, Cambridge, 1976; y Amartya Sen, «Reason and Justice: The Optimal and the Maximal», *Philosophy*, vol. 92, núm. 1, enero de 2017. Cuando el conjunto de soluciones contiene muchas soluciones posibles, se pueden aplicar reglas adicionales para reducirlo, como eliminar las opciones que, para cualquier valor, estén por debajo de un umbral, por ejemplo, la mitad del mejor resultado disponible para ese valor. Véase Bernard Roy, *Multi-Criteria Methodology for Decision Aiding*, Londres, 1996 [ed. cast.: *Metodología multicriterio de ayuda a la decisión*, Santiago de Compostela, 2008]; y Valerie Belton y Theodor Stewart, *Multiple Criteria Decision Analysis: An Integrated Approach*, Londres, 2002.

Aquí es donde se hacen evidentes los límites del razonamiento técnico. La determinación del conjunto de soluciones óptimas es un problema que debe resolver el razonamiento técnico, pero la elección entre las opciones de ese conjunto no lo es, ya que, desde una perspectiva técnica, estas opciones son equivalentes en rango independientemente de lo diferentes que sean en cuanto a su contenido. Las esperanzas de que los avances en la potencia computacional puedan superar cualquier necesidad de toma de decisiones sociales y ecológicas, haciendo posible la planificación digital de la economía, caracterizan erróneamente el problema, una vez que reconocemos la existencia de múltiples objetivos sociales no compensatorios. El reto no es simplemente procesar más datos. Se trata de decidir qué es lo importante, negociar compensaciones y elegir entre posibles futuros. La razón, la experiencia y la deliberación colectiva informarán estas elecciones, pero nunca las resolverán por completo.

Lo que permite que una sociedad de este tipo avance no es el consenso sobre los hechos o los valores, sino el acuerdo sobre los procedimientos de selección legítimos. Esto es algo que el propio Neurath comprendió en la década de 1920. Sin embargo, dada la complejidad técnica y la complejidad de los valores de las economías contemporáneas, debemos imaginar estos procedimientos de una manera bastante diferente a como él lo hizo. Neurath asumió que navegar entre futuros competitivos requería una elección entre planes agregados y centralizados. El marco que propongo generaliza el problema de los objetivos plurales y los recursos finitos, lo cual permite tomar decisiones multicriterio en todos los niveles de la economía, de los hogares y las empresas a las asociaciones y los organismos de inversión, decisiones que se basan todas ellas en formas de conocimiento local específicas de su ámbito. Estas decisiones pueden entenderse como ejemplos de elecciones multicriterio estructuradas en condiciones de restricción presupuestaria. La restricción define un espacio limitado de acciones viables, internalizando la realidad de que no todos los valores pueden perseguirse integralmente, pero también estructura el propio proceso de decisión, garantizando que se ponderen los objetivos contrapuestos y se establezcan prioridades concretas.

Las restricciones presupuestarias desempeñan un papel crucial en este marco, ya que separan lo que puede valorarse económicamente de lo que debe juzgarse. Los costes económicos de seguir cualquier línea de actuación determinada –medidos en términos de mano de obra, materiales y tiempo– pueden valorarse económicamente; por lo tanto, también

pueden sumarse y compararse en términos de una única unidad comparable. Sin embargo, los beneficios que pretenden obtenerse con un determinado curso de acción económica –mayor eficiencia, restauración de los ecosistemas, mejora de las condiciones de trabajo– así como sus costes no económicos, no pueden reducirse a una única métrica, sino que deben evaluarse en especie de acuerdo con los valores irreducibles que representan. Este planteamiento hace que el análisis coste-beneficio, en el sentido convencional del término, sea inaplicable. Sin embargo, ello no elimina la necesidad de un razonamiento técnico. En todos los ámbitos de la vida económica, muchas opciones pueden descartarse por estar claramente «dominadas»: requieren más y ofrecen menos. Sin embargo, entre las opciones no dominadas restantes, ninguna fórmula técnica puede determinar cuál debe priorizarse. Lo que queda son espacios múltiples de composición de valor: elegir cómo equilibrar los bienes que compiten entre sí en el seno de una dotación de recursos fija.

Dado que este marco se basa en procedimientos estructurados para elegir entre alternativas viables, no requiere un acuerdo previo sobre cuántos valores hay ni sobre cómo deben definirse, medirse o priorizarse. Los valores configuran los resultados económicos de forma dinámica a través de las decisiones que toman las personas en condiciones de incertidumbre y dentro de las limitaciones de un presupuesto compartido. Por el contrario, otros esfuerzos realizados por incorporar la multidimensionalidad en la coordinación económica –como el modelo de las capacidades de Amartya Sen y Martha Nussbaum, los paneles de bienestar de la OCDE o los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas– dependen de un conjunto limitado y predefinido de valores y métricas[106]. Esto se debe a que carecen de un procedimiento de toma de decisiones capaz de sortear los desacuerdos continuos sobre los valores. En ausencia de dicho procedimiento, deben fijar los objetivos pertinentes por adelantado, acordando qué es lo que cuenta y en qué medida antes de poder emprender las correspondientes acciones. El sistema aquí descrito no impone tal exigencia.

---

[106] Véase Amartya Sen, *Development as Freedom*, Oxford, 1999 [ed. cast.: *Desarrollo y libertad*, Barcelona, 2000]; Martha Nussbaum, *Creating Capabilities: The Human Development Approach*, Cambridge (MA), 2011 [ed. cast.: *Crear capacidades: propuesta para el desarrollo humano*, Barcelona, 2012]; OECD, *How's Life? Measuring Well-Being*, París, varios años [ed. cast.: *¿Cómo va la vida? Medición del bienestar*, París, varios años]; United Nations, *The Sustainable Development Goals Report*, Nueva York, varios años; ed. cast.: *Informe mundial sobre desarrollo sostenible*, Nueva York, varios años.

Este se basa en la optimización multicriterio en condiciones de incertidumbre tanto sobre los hechos como sobre los valores, pero permite que los valores surjan a través del propio proceso de toma de decisiones. Por esta razón, es totalmente *n*-dimensional: capaz de acomodar cualquier número de objetivos en evolución, controvertidos y recién imaginados. Las personas pueden apoyar la misma opción por diferentes razones o revisar sus opiniones con el tiempo en respuesta a la experiencia y al debate. Los valores no son aportaciones fijas al sistema. Entran en el debate, toman forma a través de la selección y se redefinen mediante la acumulación de decisiones. Lo que una sociedad valora en este modelo no se declara de antemano, sino que se descubre en la práctica.

Sin embargo, para que sea posible una deliberación y una elección razonadas, una sociedad multicriterio necesitaría una infraestructura estadística detallada –la alegría a través de las estadísticas, por citar la frase de Keynes– capaz de representar muchas condiciones y resultados sociales y ecológicos diferentes en especie en vez de en términos monetarios. Como previó Neurath, este aparato tendría que incluir indicadores sociales, ecológicos y emocionales, además de los económicos: absorción de carbono, pérdida de biodiversidad, satisfacción laboral, exposición al calor, horas de cuidados no remunerados, índices de soledad. Estos datos deben presentarse en formas que las personas puedan interpretar y utilizar: estadísticas, visuales y narrativas. Su propósito no es dictar lo que es importante, sino ayudar a las personas a ver lo que está en juego desde diversas perspectivas.

Como se ha señalado, la lógica de la elección multicriterio estructurada que aquí se describe puede aplicarse a todos los niveles de la economía, cada uno de ellos configurado por sus propios objetivos, formas de conocimiento y restricciones de recursos. Los hogares se enfrentan a un presupuesto de consumo –más allá de lo que ya está garantizado a través de los servicios básicos universales– y deben decidir cómo distribuir el tiempo, la atención y los recursos entre objetivos plurales y no compensatorios. Estos pueden incluir la seguridad económica, la autonomía, la utilidad, el descanso, la conexión y el respeto. En lugar de ser sustituibles, estos valores se mantienen en tensión; coordinarlos requiere un juicio continuo. Las empresas, del mismo modo, operan dentro de un presupuesto de producción. En cuanto a las instituciones públicas sin ánimo de lucro, estas son evaluadas en función de su capacidad para equilibrar múltiples objetivos como la eficiencia, la sostenibilidad, la resiliencia, la

calidad del trabajo, la justicia social y la democracia interna. Estas compensaciones recíprocas no pueden resolverse únicamente con precios o algoritmos. Requieren una deliberación dentro y entre las unidades de trabajo, respaldada por estructuras de rendición de cuentas, que reflejen los estándares de rendimiento en constante evolución. La inversión, por último, se convierte en el lugar donde la sociedad toma decisiones sobre su dirección a largo plazo. Los organismos de inversión reciben una parte fija de los recursos colectivos, que no se generan a través del ahorro privado o los impuestos, sino mediante la creación pública de dinero, lo cual es una aplicación concreta del modelo de financiación funcional. Estos recursos no se asignan para maximizar el rendimiento financiero, sino para promover prioridades compartidas: por ejemplo, ecologizar la producción, ampliar los cuidados, profundizar el acceso, reparar los daños del pasado. Algunas propuestas se descartan por incoherentes o «dominadas»; otras se seleccionan mediante procedimientos políticos estructurados, que sopesan los valores contrapuestos dentro de un presupuesto definido colectivamente. En cada caso, la coordinación se lleva a cabo mediante la composición, es decir, manteniendo múltiples objetivos juntos, dentro de las limitaciones, para determinar qué se puede perseguir y de qué forma.

Una economía multicriterio ofrece un marco para tomar decisiones difíciles. Su promesa no radica en producir resultados óptimos, sino en permitir que las personas consideren futuros viables, sopesen lo que importa y decidan juntas cómo avanzar. En todos los ámbitos de la economía, ello significa aceptar que las compensaciones de valor son reales y que no pueden delegarse en los mercados, los planificadores o las máquinas. En nuestras sociedades, al igual que en nuestras vidas, las cosas mejoran cuando afrontamos las decisiones que tenemos que tomar en lugar de evadirlas, aprendiendo a elaborar una estrategia a partir de valores que nos llevan en direcciones diferentes. En este marco, el progreso se convierte en un proceso abierto: no se trata de maximizar un objetivo, sino de la capacidad continua de sacar a la luz posibilidades contrapuestas y de seleccionar entre ellas. A escala social, ese proceso siempre será conflictivo y, por lo tanto, político. Pero es a través de esta política como se hace posible una vida más plena. Tal es la lógica de la economía multicriterio, que subyace al diseño institucional que elaboraré en la segunda parte de este trabajo.